

AL LECTOR.

Esta obra, pequeña en su volumen pero de grande importancia por su contenido, es la tercera que produce la incansable pluma del modesto sabio francés, Sr. Luis Striffler. "El Alto Sinú" y "El Río Cesar" son las otras dos de este autor sobre la naturaleza física de una extensa porción del suelo colombiano.

Este extranjero, que hace más de cuarenta años reside en el territorio de la antigua provincia de Cartagena, después Estado de Bolívar y hoy Departamento del mismo nombre, se ha impuesto la penosa y noble tarea de describir, por partes, ésta que él considera su segunda patria, sin otro móvil ni más interés que el de hacer conocer las inmensas riquezas naturales que encierra nuestro suelo, para manifestar de ese modo el amor que profesa al país por la benévola hospitalidad que en él halló desde que por primera vez pisó sus playas.

Siguiendo una línea enteramente opuesta á la que ha guiado á otros escritores extranjeros que se han ocupado en describir alguna parte de los países hispano-americanos, á los cuales han trado casi siempre con supremo desdén por el solo motivo de no estar aún á la altura de las naciones europeas, el Sr. Striffler no deja escapar una sola palabra ofensiva á nuestro estado de relativo atraso industrial. Profundo observador, ha estudiado atentamente el país, y como hombre de verdadera y sólida instrucción ha reconocido lo que hay en él de bueno y comprendido las causas de atraso, que son las que hasta ahora le han impedido desarrollar sus naturales riquezas.

Sus descripciones son exactas y sencillas; sus narraciones, claras y verídicas; sus reflexiones, interesantes y á veces muy profundas; su crítica sobre los usos y costumbres es algunas veces severa, nunca hiriente, y sus apreciaciones, siempre imparciales.

El estilo del Sr. Striffler, aunque se resiente todavía algo de la construcción propia de su idioma nativo, es claro y sencillo.

Más de cuatro años estuvieron perdidos los manuscritos del

M 810 Pza 2; M 394 Pza 3

Ex 3

autor hasta que al fin, merced á nuestras constantes pesquisas, lográmos descubrirlos para publicarlos—tomándonos el trabajo de hacer las correcciones necesarias—con el fin de salvar esta obra geográfica de la acción de los insectos destructores, creyendo de este modo prestar algún servicio á nuestra patria.

El Gobierno del Departamento, presidido por el ilustrado joven Dr. José M. Goenaga G., reconociendo la importancia de la obra, quiso unir sus esfuerzos á las nuestros y dispuso que ella fuera, como ha sido, publicada en el "Registro de Bolívar", para preparar así la edición que ahora aparece en el presente volumen.

En nombre del Sr. Striffler damos, pues, las más expresivas gracias al Gobierno del Departamento por el interés que ha tomado en que una obra de tan indisputable mérito sea conocida del país y estudiada con provecho de las industrias patrias.

La participación que nos ha tocado en la publicación de esta obra, como corrector, y el deseso de hacer conocer al público el apoyo eficaz que nuestro Gobierno presta á las producciones útiles del entendimiento, explican suficientemente por qué nuestro nombre figura al pie de estas breves líneas.

Cartagena.—1886.

Eduardo G. de Piñeros.



EL RIO SAN JORGE.

(POR DON LUIS STRIFFLER.)

I.

GENERALIDADES.

El río *San Jorge* es afluente del *Cauca*, y éste, á su vez, lo es del *Magdalena*; pero la unión de estas tres corrientes se efectúa de un modo tan extraño, que es preciso describir la disposición particular de los puntos de conjunción. En efecto, cuando el *Cauca* recibe el tributo de la aguas del *San Jorge*, ha recibido ya una gran parte de las del mismo *Magdalena*, y luego se confunde enteramente con éste. Esto da á entender que existe algún entretrejimiento de los brazuelos respectivos de cada río; lo que sucede á causa de la poca resistencia de las tierras que forman las paredes de los cauces, y de la falta casi absoluta de declive.

Los tres ríos, nacidos todos al sur, corren en dirección norte, en tres hoyas distintas, encajonadas por las altas ramificaciones de las cordilleras; pero estos ramales se van rebajando, y al fin terminan en un llano inmenso formado por tierra de aluvión que la menor corriente puede perforar. Así, los ríos, mal contenidos, se dividen y se confunden parcialmente primero, para después reunirse todos en la única salida que les ofrece el llano en su parte más baja.

El inmenso llano que, como una cuenca común, recibe las masas de agua de las hoyas de esos ríos caudalosos, debe su constitución hidrostática al promontorio de las *Sabanas*, que sólo permite la salida del lado de Tenerife. El plano poco inclinado las dirige todas al pié de esas alturas, entre *Retiro* y *Magangué*; y esta acumulación refluye sobre el *San Jorge*, cuyo cauce es el más arrimado á las *Sabanas*. De ahí resulta el fenómeno sorprendente de una corriente anormal que se establece en la dirección de sus cabeceras. La misma inclinación tiende, de continuo, á derribar el cauce del *Magdalena*, precipitando la mayor parte de las aguas en el caño de *Pinillos* y apartándolas de su dirección primitiva por *Mompox*. *Magangué* se anega y *Mompox* queda en seco: ésta es la marcha fatal ya en actividad desde hace muchos años.

Para dar una idea general de la extensión del llano en que se confunden las aguas, basta decir que se extiende desde *Ayapel* hasta el pié de la *Sierra Nevada de Santa Marta* y desde las primeras alturas de *Zaragoza* y *Simití* hasta el pié de las altiplanicies de las *Sabanas*, en las costas del Atlántico. En todo este espacio, los ríos pueden derramar, en todas direcciones, las aguas que por exceso no caben en sus cauces respectivos; y con esta disposición hay años en que todo el territorio se convierte naturalmente en una sola inmensa ciénaga, de variada profundidad. Son aguas casi estancadas, por lo cual la acción corrosiva es casi nula, pero muy fertilizadora por los depósitos de cieno que deja.

El río *San Jorge*, del cual nos proponemos tratar, tiene sus ramificaciones y recibe otras del lado del *Cauca*, antes de confundirse con él en su embocadura principal. Estos brazuelos laterales pueden abreviar mucho las distancias de un punto á otro á los navegantes que, por sus conocimientos y larga práctica, pueden aprovecharlos; lo que, por cierto, exige una experiencia muy consumada, porque siendo el nivel de las aguas muy inconstante, de su altura depende la posibilidad de cada vía. Pero no es el nivel de las aguas lo único que hay que tener en cuenta pues todo está sujeto á muchas otras circunstancias, entre las cuales se cuenta la presencia de yerbas flotantes que pueden obstruir una vía, que por la profundidad de sus aguas sería perfectamente navegable.

Al subir el *Cauca* para entrar en el *San Jorge*, se encuentra el primer brazuelo ó derramadero de este río, á una pequeña distancia de *Retiro*, tres leguas arriba de *Magangué*. En ese punto se ven dos bocas de caños. El pueblo de *Retiro* está situado sobre una punta de tierra firme de las *Sabanas*, la única que llega hasta la orilla del *Cauca*; y el primer caño que desemboca más arriba tiene por función recoger las aguas de aquella vertiente. Es por esta boca, pues, por donde las aguas del *San Jorge* podrían abrirse un cauce definitivo, si todas se reunieran en una cañada en la parte más baja del terreno que el río atraviesa. Puede muy bien suponerse que, en su última evolución, el río *San Jorge* siga por el pié del borde de tierra firme de las *Sabanas*, en un nuevo cauce desde *Retiro* hasta *San Marcos*, que es otro punto en que las mismas *Sabanas* llegan al contacto del cauce actual del río. Si esto sucediera, toda derivación posterior sería físicamente imposible.

El caño, cuya entrada queda más arriba, penetra en una ciénaga, y allí se divide en dos ramas que sirven de conducto á las aguas del *San Jorge*, con la diferencia de que el que está más arriba, por consiguiente el de la derecha, se seca primero que el otro. Este último se llama *Renegado* y el otro de *Jiménez*. En los años de grandes inundaciones hay piraguas dirigidas por hábiles pilotos que penetran por esta boca y salen á una pequeña distancia

abajo de *San Marcos*, sin tocar con el río al cual dejan constantemente a la izquierda.

Ahora describiremos la embocadura propia del río.

GUASO.

El pueblo indio de *Guaso* existía en tiempo de la invasión, y desde entonces ha perdido mucho de su importancia. Hoy se reduce á unas casas pajizas puestas en el ángulo inferior que forman los dos ríos al confundirse. La boca es de ochenta metros de ancho y siempre de más de cinco de profundidad, teniendo en este caso cinco metros de barranco fuera del agua. El ángulo es bastante agudo del lado de la población, y por consiguiente obtuso del lado opuesto, que es un gramalotal sobre un suelo muy bajo; lo que hace que las aguas del río tributario se presenten en contra corriente con las del *Cauca*, anomalía que coopera á la paralización de las del *San Jorge*, que casi no tiene corriente en aquel punto. A una pequeña distancia, adentro, se encuentra la boca de *Ruegado*, quedando así el territorio del pueblo de *Guaso* circunscrito en un triángulo de tierra.

La embocadura se llama *Boca de perico*, y no sólo sirve de entrada á las embarcaciones en viaje para el *San Jorge*, sino también á las aguas que remontan el *Cauca*, como se verá pronto.

La ribera opuesta al *Guaso* consiste en tierras bajas y descubiertas, pocos naturales de verano. El río corre por largo trecho por ese terreno enteramente cenagoso. La tierra firme de las *Sabanas* está muy retirada, y en ella existe una importante población india, como *Guaso*, llamada *Tacusaluma*, que sólo los habitantes circunvecinos conocen y saben encontrar. Es un pueblo escondido en un rincón de *Sabanas*, en donde hay muchas piñas silvestres, fruta que se vé con frecuencia en el mercado de *Magangué* y que es el único artículo notable de exportación que hace conocer su nombre.

De la *Boca de perico* hay que subir como dos leguas para llegar á la boca de *San Antonio*, que es un verdadero pueblo desplegado en una sola fila de casas al borde del río. Es un puerto de bastante animación por motivo del tránsito, pues el lugar por sí mismo no produce nada, á no ser pescado: todos los habitantes son pescadores.

En frente de las casas desemboca el brazuelo de la *Mojana* que sale del *Cauca* á una notable distancia abajo de la boca del río *Zaragoza*. El espacio encerrado entre el *Cauca*, el caño de la *Mojana* y la parte baja del *San Jorge* es una isla muy extensa que tiene una importancia mucho mayor de lo que se puede creer. En primer lugar, sobre la *Mojana* existen dos grandes centros de comercio, *Majagual* y *Suere*, y por todas partes se encuentran establecimientos agrícolas, cuyos productos encuentran fácil salida

por muchos cañitos navegables. De continuo se exportan dulces y frutas de todas clases de aquella tierra de extraordinaria feracidad. Las familias patricias de Majagual deben sus fortunas al activo comercio que sus antecesores hacían con los antioqueños; y aunque hoy han cambiado enteramente las condiciones del país, siempre queda algo.

La actividad de la *Mojana* tiene sus estorbos que derivan de los dos extremos evolutivos del río. Hay que sufrir las consecuencias del exceso y de la escasez del elemento líquido; las inundaciones paralizan los trabajos y son causa de insalubridad; las sequías impiden la navegación. En todos los veranos, la boca de *San Antonio* es el puerto fluvial más cercano de aquellos lugares. La boca pierde entonces, sin embargo, mucho de su animación, porque las grandes embarcaciones que suben el *Cauca* ya no pueden pasar por allí y siguen por el cauce del río.

Como hemos dicho ya, la boca de *San Antonio* presenta una larga hilera de casas, cerradas en su mayor parte, que pasan de ciento. La albarrada ofrece una frescura agradable por medio de frondosos árboles plantados en el mismo borde del río; de modo que las piraguas amarradas en el puerto gozan de su sombío. El río parece mucho más ancho allí que en la *Boca de Perico*; en primer lugar porque las tierras de enfrente son bajas y descubiertas, y en segundo lugar, por la abertura del caño de la *Mojana* que tiene casi el ancho del *San Jorge*. Así, desde la albarrada del pueblo, se puede ver en todas direcciones, menos por la parte de atrás en donde hay montes altos que ocultan las grandes ciénagas que existen allí.

La animación de aquel pueblo recrea por su contraste con la soledades que hay que atravesar, desde la embocadura en el *Cauca*, pues más abajo, sólo hay habitaciones en *Corozito* y en *Champán*. Es verdad que no faltan piraguas que suben y bajan, y canoas de pescadores, porque la única industria de los habitantes de la boca de *San Antonio* es la pesquería; delante de todas las casas hay tasajeras guarnecidas de bocachicos, bagres y sábalo que se secan al sol; y no es raro ver el cuerpo de algún manatí, monstruo fluvial del cual se saca un aceite muy puro. De modo, pues, que la actividad de aquellos ribereños siempre encuentra en qué ejercitarse.

Por desgracia, las inundaciones son casi anuales, y el mosquito rara vez falta de noche. Es verdad que hay épocas excepcionales en que ese insecto desaparece completamente. Lo mismo puede decirse de las demás localidades; pero el viajero no debe contar con esa fortuna: "la fortuna es del sexo femenino", decía lord Byron. Es justo hacer observar que el mosquito, por numeroso que sea, no es molesto sino para los extranjeros y forasteros, al paso que es distracción para los hombres del país, que

en el vapor estacionario juegan naipes y aún se acuestan desnudos, en medio de una densa nube del insecto.

De Mijayual á la boca de San Antonio hay una jornada de mucha agua arriba, como también hay una de Magangué á la misma boca, pero aguas abajo, y aprovechando casi exclusivamente á las corrientes que es tan calma, como la del San Jorge, sólo se emplean unas cuatro horas en el viaje. Para dar una idea aproximativa de las dificultades, es preciso advertir que una embarcación impulsada río arriba con palancas camina apenas seis horas en todo el día, porque los bogas tienen por costumbre inviolable parar á la muerte de la mañana para hacer y tomar el almuerzo, operación que perdía dos horas por lo menos. Cuando hay mucho sol se usan también con frecuencia para refrescarse á la sombra de los árboles. Y á la verdad son disculpables, pues muchas veces á media noche la cual circulan en perpetuo vaiven se calienta tanto el punto de estar que echarle agua á cada momento, operación que perjudica á su cuerpo, sin que esa transición tan súbita de un estado de temperatura á otro les sea perjudicial.

II

DE LA MUCANA A JEGUA.

Una vez pasado la Boca de San Antonio la fisocromía del río de Mijayual cambia completamente. El viajero, al separarse de ese punto, se halla en una verdadera selva. Sin embargo, más adelante aparecen algunas poblaciones, como lo vemos más adelante, pero las corrientes son tan calmas, que uno cree haber entrado en una estacion tranquila.

El río continúa río en una más angosto, y lo parece más, por que en estas se hallan guarniciones de bosques tupidos y elevados. El valle de la Mijayal presenta otros varios ramales que se abren de paso, y á poca vará lo lejos espaciosas ciénagas cubiertas de yerba. Cuando el río está muy lleno, los patrones de antaño, que conocen perfectamente lo que se llama *atajos*, se han ido más arriba, aborran un gran circuito que hace el río, y por un línea recta por las ciénagas que se extienden entre el río y ese río, prolongándose hasta muy arriba, como se verá. De ese modo puede abreviarse el viaje de dos leguas; porque la distancia que hay de la boca de San Antonio á Jegua, primer pueblo que se encuentra, es de nueve leguas. Atravesando la ciénaga y saliendo al río por un paraje denominado *Mandinga*, se alcanza además la corriente, que, aunque poco fuerte en el río, siempre es un obstáculo que hay que vencer, en tanto que en la ciénaga el agua es tan inmóvil, como el cristal de un espejo, y su poca profundidad se presta mejor el manejo de la palanca. Mucho veces la altura de las aguas permite seguir de ciénaga en ciénaga

naga, hasta mucho más arriba de *Jegua*; y no sería imposible llegar hasta *Ayapel* sin pasar por el *San Jorge*, puesto que entre los dos ríos el terreno bajo está cruzado por una multitud de caños y ciénagas que se comunican entre sí.

Esas vías excusadas, en las cuales los bogas se aventuran siempre de muy buena gana, sin tener muchas veces conocimiento perfecto de las localidades, exponen al viajero á pasarmuy malos ratos, si por casualidad vienen á perderse, ó si las aguas no permiten ciertos pasos, ó también si algunos otros están obstruidos por las verbas flotantes.

La ciénaga del *Rabón*, que en la estación de las lluvias puede atravesarse apartándose del río para volver á él en *Mandinga*, es ancha y bien despejada; de modo que basta tomar la dirección sur para llegar al fondo de una ensenada que parece no tener salida alguna. Al llegar hasta el fondo de esa especie de saco rodeado de espeso bosque, la canoa se dirige á la derecha, bajo aquella sombra, y por entre los troncos se distingue un caño estrecho que nunca puede dar paso sino á embarcaciones pequeñas. Entouces hay que luchar con una fuerte corriente, que es la señal más patente de una comunicación con el río. Este se deja ver después de haber recorrido unos cien metros, y en su orilla izquierda se descubre un corral construído sobre el mismo borde.

Las embarcaciones que, por ignorancia del piloto ó escasez de agua, siguen por todo el cañón del río, al salir de la boca de *San Antonio* disfrutan de un espectáculo muy diferente. El río muestra pronto, de ambos lados, una vegetación más corpulenta, y parece una inmensa calle ó alameda de altos árboles de un verde oscuro, todos de una misma clase. Es el *terebinto* ó *mangle*, que también se llama *cucharo* en algunas partes, sin duda por la forma de sus frutas que tienen alguna semejanza con las cucharas que hacen los indígenas con cáscara de totumo. Es el *sopuim aucupar* de los botánicos. Del *terebinto* se extrae una resina sumamente glutinosa; y como el árbol es de lo más abundante, bien se podría, por medio de incisiones en el tronco, conseguir grandes cantidades de esa sustancia; pero su uso es muy limitado. Sólo se emplea como alquitrán ó brea para las embarcaciones, ó para formar un charol impermeable sobre la madera. El mismo tronco tiene una concha interna muy tenaz, formada como de cintas, y en ese estado sirve para amarrar lo mismo que ciertos bejuocos.

El tronco, que es grueso y de la consistencia del pino, sirve para hacer piraguas; pero desgraciadamente su duración no pasa de un año. Es una madera muy blanca y blanda que á la par de podrirse muy pronto se deja atacar por los insectos, que parecen no sentir repugnancia por la resina de que está impregnada.

Este árbol es casi el único que se vé en aquellos terrenos pantanosos y no cultivables, por hallarse expuesto á las inunda-

cauce. Entre los cultivadores, el sólo nombre de *Cucharal* indica un terreno bajo.

En la misma ladera del río donde se halla el pueblo de la boca de *San Antonio*, se encuentra todavía algunas habitaciones, separadas unas de otras por largos espacios incultos.

Después de dos ó tres horas de navegación penosa, se llega á la boca de *Mandinga* que dá salida á las canoas que toman el camino más corto, es decir el de la ciénaga. De este punto, se camina un corto espacio y se encuentra otro caño, pero del lado opuesto, es otro atajo que puede conducir de ciénaga en ciénaga hasta más arriba de *Jagua*.

Este nuevo caño lleva el nombre de *Boca de doña Ana*, y sólo tiene agua en tiempo de crecientes. Por allí se penetra para llegar al pueblecito de *Santiago*, situado, como *Tucasaluma*, á orillas de las *Sabanas*, y más arriba al de *Galera*. Las embarcaciones que quieren ir más arriba por esta vía, se ven obligadas á atravesar inmensas ciénagas que tienen el inconveniente de cubrirse de fuertes cojchones de yerbas, lo que hace el tránsito muy trabajoso. Después de *Santiago*, el terreno alto de las *Sabanas* se aleja muy sensiblemente del cauce del río, y por consiguiente, las ciénagas son mucho más extensas, como lo veremos más adelante.

Arriba de la boca de *Doña Ana*, el *San Jorge* sigue ondulando, trazando notables circuitos en aquellos terrenos tan bajos. En las partes más altas en que no crece el *cucharo*, y principalmente de las *Sabanas*, existen algunos establecimientos de caña de azúcar, en tanto que del lado del *Cauca* hay corrales de ganado, lo cual obliga á los dueños á atravesar el río. Estos son todos *Sabaneros* que tienen sus habitaciones de invierno en algún punto de las *Sabanas* y que pasan toda la estación del verano en las márgenes del río. Es una especie de vida errante, que recuerda el modo de vivir de los pueblos nómadas del desierto.

De las nueve leguas entre la boca de *San Antonio* y *Jagua*, hay poca una gran parte en que el paisaje se halla animado con la presencia del hombre y de sus enseres; oyes el crujido de los trapiches, que son siempre de madera; el mujido de las vacas que se ordeñan por la mañana y pasan el día comiendo la yerba abundante de las ciénagas en tiempo de verano. Cuando el río está crecido, los corrales se hallan desiertos, y los palos de las cercas sirven de leña á los bogas que arriman allí para hacer la comida, y que poco se cuidan de abusar de ese modo de una hospitalidad que nadie les ha dispensado. Del lado de los trapiches se observa otra singularidad, y es que los bueyes atados que hacen mover el informe aparato de los cilindros, tienen que trazar, en cada círculo, como un planeta en su órbita, con el fango hasta la barriga. En esto, como en todos los demás medios de acción en uso, no se puede menos que hacer notar lo poco que se aplica en él á aumentar la potencia de las fuerzas que emplea,

perfeccionando sus aparatos. No he podido ver un trapiche que no cruja de un modo horrible; de manera que los pobres bueyes tienen que vencer la resistencia del frote de la máquina, que no puede tener mucha duración por eso mismo. Por otro lado, la poca consistencia del suelo, impregnado de agua en tiempo de lluvias, hace que se convierta en fango líquido bajo el continuo pisoteo. Todos esos inconvenientes podrían allanarse fabricando un suelo más resistente y poniendo todo bajo techo; pero todo eso ocasionaría un trabajo que esa gente no quiere tomarse; y se resignan á trabajar y á hacer trabajar á sus animales, en medio de mil trabas naturales que les son perjudiciales.

La comodidad y el aseo son dos cualidades esenciales de una vida arreglada; pero nada estimula á esa gente en tal sentido. Ese lujo de buen gusto de que se sirve la mujer para aumentar su poderío sobre el hombre, poco se anhela en esos parajes, en donde no reina sino un sucio materialismo.

Y con todo, un germen de poesía anima siempre el cerebro del hombre. El artesano ejecuta los actos de su oficio al són de alguna melodía; esa gente tan vulgar, también sabe rodear sus quehaceres de aquella aureola celestial. Yá los poetas clásicos de la antigüedad han compuesto cuadros muy lindos que representan las vendimias: la caña de azúcar es la vid del hombre primitivo; su jugo exalta su imaginación, como lo hace el vino en el viejo mundo.

El espectáculo de un trapiche en movimiento tiene su encanto, como todo lo que patentiza la acción humana. Ésta no es muy potente en el río *San Jorge*; pero sin embargo, existe, y en prueba de ello describirémos una escena que pasó á nuestra vista.

Era por la tarde. La piragua había salido de la boca de *San Antonio* á una hora muy avanzada, y yá había sonado la de pensar en un abrigo propio, si no cómodo para pernoctar, cuando en la parte del río en que íbamos á arrimar se oyó el crujido de un trapiche de madera, cosa que alegró mucho á los bogas que esperaban tomar guarapo. A poco, la piragua se detuvo delante de una estancia y pedimos hospitalidad. Ésta nos fué concedida inmediatamente por los que, en cierto número, estaban en tierra bajo unos techos pajizos que se veían.

La estancia en donde habíamos arrimado se componía de varios ranchos de poca capacidad. Uno de ellos, cercado, servía de aposento ó dormitorio á la familia del dueño; los demás no tenían cerca. En el más cercano al río había una hornilla encendida, con dos fondos de hierro encima, de los cuales se desprendía una vacilante columna de vapores. Una niña de unos ocho años, de color moreno, estaba sentada arriba de la hornilla, en un taburete bajo, entre el doble cráter humeante de los dos fondos, y espumeaba la masa en ebullición con una curiosa espumadera he-

cha de una totuma llena de agujeros y atravesada por un palo de un metro de largo, que le servía de mango. La tierna criatura desaparecía por momentos en la nube blanca de los vapores y debía tener mucho calor; sin embargo, su semblante era alegre; parecía envanecida de su alta posición, á pesar de todas sus molestias y peligros. Su oficio consistía en recoger la espuma que se formaba y vaciarla en una canoa puesta en el suelo. Tan luégo como se enfriaba esta espuma era devorada por los perros que la lamían con mucho apetito.

Todos estaban en movimiento por todas partes; la mayor parte eran niños de ambos sexos y de diferentes edades; unos eran hijos del dueño, y otros agregados, porque la molienda es una fiesta que llama muchá concurrencia. Los unos introducían leña en la hornilla, los otros se empleaban en el trabajo del trapiche.

Éste, formado por tres cilindros verticales de madera, estaba en el centro del patio, espacio enteramente descubierto. Dos bueyes, distanciados por todo el largo del diámetro del círculo que tenían que recorrer, lo ponían en movimiento y parecían así marchar en sentido contrario. Dos jóvenes los seguían paso á paso, excitándolos con sus varas y gritos agudos. El suelo que pisoteaban en su carrera circular sin fin, se había hecho más consistente con varias capas de bagazo que habían regado en él.

Junto á los tres cilindros se hallaba una mujer joven y de buen semblante, con la parte superior del cuerpo desnuda: verdadera estátua de una náyade de cuya cara, espaldas y pechos gotaba el jugo de las cañas que sobre ella caía. Con voz vibrante cantaba versos de circunstancia que describían precisamente (no muy gramaticalmente es verdad), todos los periodos de la vida de la caña, desde que nace en el suelo donde fué sembrada, hasta su última transformación en dulce. Después de cada copla, dos pequeños compañeros que tenfa al lado la repetían en coro. Estos pasaban las cañas de la pila en que estaban y las torcían para obligarlas á pasar por el cilindro opuesto; al pié de los cilindros chorreaba el jugo y se reunía en una canoa larga, de donde se trasportaba á las pailas. Todo el trabajo se hacía cantando, y el mismo trapiche, con sus estridentes crujidos, ejecutaba fielmente su parte en esa orquesta campestre. Sólo los bueyes parecían entregados á tristes reflexiones, sobre su condición bucólica, y no parecían muy satisfechos de su suerte; pero seguían andando, gracias á los latigazos que les daban.

El trabajo continuó así durante toda la noche. La luna suministraba su contingente de luz, y los mosquitos hacían con los individuos de la especie humana, lo que éstos hacían con los bueyes. Cada momento de quietud costaba algunas gotas de sangre; pero las manifestaciones de alegría no escaseaban. Muchas veces el canto se complicaba con salvas que se hacían de un modo

may ingenioso, introduciendo de pronto la punta de una caña en el fuego de la hornilla y retirándola después de calentada hasta cierto punto: las partes acuosas, convertidas en gases, por el calor, hacían explosión. Es una diversión de trapichero que aumento su buen humor. El ruido es siempre un elemento de júbilo para el hombre, y hasta el mortífero de las batallas tiene sus apologistas.

Así, pues, en aquella noche los ecos de las silenciosas margenes del *San Jorge* tuvieron que propagar á lo lejos las vibraciones de esa fermentación humana. En el mismo momento ¡cuántas escenas de todas clases estarían representándose en la superficie de nuestro planeta! El estampido de los cañones, las músicas sabias de los teatros, las voces elocuentes de los oradores, los aplausos y las maldiciones de los pueblos, los cantos de himeneo, y los cantos lúgubres sobre sepulcros que reciben sus huéspedes! El gran hormiguero del mundo tiene siempre alguna armonía que evaporizar en su eterna efervescencia; y cuando los hombres callan hablan los elementos: el silencio no es más que la rápida transición de una tempestad á otra.

La industria de esa pobre gente se concreta á fabricar de ese modo, de tiempo en tiempo, algunas panelas, que es el dulce más usado en el país y de más agrado para los paladares acostumbrados á su sabor. El consumo se hace en grande escala como se sabe, de modo que la industria podría ser algo productiva; pero como hay varios trapiches y un pequeño cañaveral basta para producir grandes cantidades, el artículo tiene sus precios muy variables, y muchas veces el rendimiento en dinero no compensa los gastos. Para patentizar ésto, basta decir que una panela que generalmente es del volúmen, tamaño y forma de un ladrillo, y pesa de tres á cuatro libras, se vende á veces á menos de medio real, en tanto que en tiempo de escasez vale el cuádruplo de esa suma. Así, resulta que aunque tengan cañas en buen estado, no se atreven á trabajar sin seguridad de venta. Es verdad que en circunstancias favorables, algunos de estos pequeños establecimientos producen doce y quince pesos diarios, con la ventaja de que los gastos son pocos, porque la familia del trapichero, generalmente numerosa, no necesita de jornaleros extraños y se basta para sus faenas, en las cuales se pueden utilizar los niños de tierna edad.

Además de las panelas, también fabrican mieles que venden á los destiladores de ron. Hay muchos terrenos que producen cañas que no son propias para la fabricación de la panela y que sólo sirven para sacar miel. Lo mismo resulta cuando por casualidad se intenta hacer azúcar, lo que es muy raro. Para obtener buen resultado, es preciso que la caña esté más hecha ó madura y que haya florecido, porque si no ha soltado la espiga, la sustancia sa carina ó jugo no es propio para la cristalización. Todos es-

... detalles que es necesario conocer, para comprender lo productivo que es esta industria del modo como se practica, ¿Y cuál hay de productivo en ese pobre país, todavía reducido al estado primitivo en todo?... si por casualidad se encuentra un hombre más emprendedor y más adelantado en su arte, tropezamos pronto con otra dificultad, la de no poder dar salida ventajosa á sus productos.

Para ocuparnos un poco de estadística local, diremos que el comercio de trapiches entre la boca de *San Antonio* y *Jegua*, no llega á ser, los meses durante la mayor parte del año están en inactividad. Es justo decir que los establecimientos de este género situados en el caño de la *Myana* producen más y pasan de ciento: dos años abastecen el mercado de *Magangué* y sus inmediaciones.

Cuando lo hemos dicho ya, los trapiches son todos de madera, generalmente fabricados por los artistas del país; y es fácil comprender que cilindros hechos sin torno, no pueden ser perfectamente cilíndricos, ni los dientes de los engranajes correspondientes, de manera que no se puede economizar el frote. En una palabra, son máquinas toscas, por medio de las cuales se obtiene un machucado vilísimo y producto muy imperfecto. Gracias á que como á esto se agregan, á pesar de quedar mal comprimido, el suficiente grampo para los productos que se necesitan. Las ruedas se que se utilizan al jago son generalmente grandes ollas de barro, montadas en horchales muy mal edificadas; los trapiches son más abundantes en los límites que han podido conseguir un terreno pedregoso de tierra. En este estado se encuentra todavía en el país una industria importante.

Algunas veces cruzamos cubriendo el río por todo su cauce, para llegar á *Jegua*. Por varias partes se ven selvas, de trecho en trecho, una que otra mata, á veces dos ó tres juntas, las demás aisladas. Hay pocas plantaciones, pues su cultivo es de poca importancia para los indígenas que no son más que pescadores, y que con el pescado que les sobra, después de separado el de su alimentación, comen los plátanos y yucas que constituyen su pan de cada día. Pocos frutales que ni conocen ni apetecen ciertos manjares de nuestra gastronomía moderna!

Desde la boca de *San Antonio* hemos pasado por muchos lugares que tienen en nombre cada uno: nombres desconocidos que no figuran en ninguna carta corográfica. Los consignaremos aquí: en primer lugar está *Sabaneta*, corral de ganado; después *Paso es-dino*, *Elcaña grande*, *Mandinga*, *Doña Ana*, *Piojín*, *Mojuán*. Más arriba, para llegar á *Jegua*, falta atravesar una legua de un largo cañón, verdadera selva virgen, en la cual no hay habitación alguna. Las ramas de los árboles, cargadas de inmensos colchones de lianas, se inclinan hasta dentro de las aguas y apenas dejan entrever el barranco. Allí las márgenes no tienen ya

aquella manta verde de gramalote, que más abajo cubre los bosques. Ese laberinto de ramas hace penosa la subida, porque los bogas no encuentran fácilmente un punto de apoyo en donde afirmar la horqueta de sus palancas. El Alcalde de *Jegua*, con el trabajo personal subsidiario, podría muy bien asear esa parte tan inmediata de la población; pero nadie ha pensado nunca en eso; mejor dicho, nadie ha hecho un esfuerzo en ese sentido. Todos los transeuntes se quejan cuando se hallan empeñados en ese mal paso, pero una vez pasado, nadie se acuerda de él.

La proximidad de una población se deja adivinar en esas tierras incultas por ciertos indicios característicos. Así, al acercarse á *Jegua*, se nota que del lado del *Cauca* ó sea á la izquierda, el cucharal está más limpio por debajo, en tanto que del lado opuesto, el bosque sigue presentando la misma espesura. A poco se ve un techo pajizo de bastante dimensión: es la iglesia, porque *Jegua*, lo mismo que Magangué, tiene su iglesia en la parte más baja de la población, en vez de tenerla en el centro, como es de costumbre.

El pueblo se halla situado sobre la orilla oriental del río, es decir, á la izquierda para el que sube. Esto sólo hace sospechar que detrás existen esas ciénagas que se extienden entre los dos ríos.

Efectivamente, desde la boca de *San Antonio*, hasta más arriba de *Jegua*, se extiende una sola ciénaga, inmensa superficie de agua estancada. Así es que el río *San Jorge* corre por un plano perfectamente horizontal, fenómeno que se puede asemejar á lo que pasa á dos de los principales ríos de Europa, el Rhin y el Ródano, que atraviesan, el primero, el lago de Constanza, y el segundo, el de Lemán, conservando su corriente en todo el espacio horizontal que tienen que recorrer estas dos masas líquidas. Es verdad que el *San Jorge* tiene su cauce más marcado, pues está como encajonado en un lecho sólido de tierra; sin embargo, la falta de declive hace que muchas veces sus aguas, lejos de bajar, vayan en sentido contrario; lo que sucede siempre que el *Cauca* crece de pronto.

Jegua, por la misma causa, está expuesto á frecuentes inundaciones. En suma, es un pueblo en plena decadencia. Hace unos veinte años, presentaba un aspecto más floreciente, porque entonces esa parte del *San Jorge* tenía un movimiento vital extraordinario en el mes de Septiembre de cada año, por motivo de una feria en la villa de *Tacasuán*, también llamada de *San Benito Abail*. Esta feria, muy concurrida por todos los habitantes de las *Sabanas*, atraía á muchos comerciantes de Cartagena, Barranquilla y Santa Marta, con artículos de manufacturas europeas, y á muchos del interior que bajaban con frutos de Ocaña y artículos de fabricación de los puntos industriales, como alpargatas, mantas de lana del país llamadas *cobos*, cueros curtidos, dulces &c. &c.

En su feria no se celebra en *Tacasuán*, porque las casas pajizas de la población, tan expuestas al fuego y quemadas en efecto varias veces, alarmaron tanto al comercio por su inseguridad, que al fin se decidió que las tres ferias anuales de la Costa se verificaran en Magangué, en donde, gracias á los capitalistas de las *Sabanas*, se levantaron almacenes de ladrillo y mezcla de cal para cubrir las necesidades del caso. Esa trasposición de su feria de Septiembre fué la sentencia de muerte de *Tacasuán*, que desde entonces sigue en decadencia.

Jagua tuvo idéntica suerte. Es un pueblo que, como *Gua. de*, los españoles encontraron en tiempo de la conquista. El Rey de España les garantizó á perpetuidad la propiedad exclusiva de las tierras que cultivaban; y los títulos que acreditan este insigne favor de su Majestad muy católica, les sirven hoy de gastadero de sumas regulares de dinero, que constantemente tienen que reunir para sostener sus derechos. ¡Pobres indios que quieren vengarse del Rey de España en Colombia!

Jagua, á pesar de todos sus nobles antecedentes, tiene muy mala fama. Los que trafican habitualmente en el *San Jorge* temen pelear en su puerto, porque todos pretenden que hay reguladores nocturnos de las embarcaciones. El menor descuido puede proporcionar un daño, y ¿quién no se descuida durante el sueño? Mucho se cuenta sobre el particular. Las piraguas, en su viaje, prefieren quedarse arriba ó abajo de *Jagua* para pasar la noche.

En los puertos de las casas aisladas no roban los dueños, porque sin duda por dignidad personal, no quieren desacreditar su hogar, pero sus perros, como animales más irracionales, no hacen caso de la misma delicadeza, y los bogas tienen que tomar precauciones muy serias para preservar los comestibles que llevan embarrados. Estos animales son muy diestros para deslizarse sin hacer ruido, y saben escoger los momentos oportunos. Su inteligencia poco lo engaña; y los hay tan inteligentes que á la legua saben cuando hay una canoa torastera arrimada á alguna parte y saben llegar á ella y entrar sin ser vistos. Si los animales están tan adelantados ¿qué no lo estarán los hombres!

Jagua, como hemos dicho es hoy menos de lo que era en otros tiempos no muy remotos. Las casas que hay frente al puerto son de triste apariencia, y hay que saltar á tierra y penetrar en el grupo habitado, para poder ver que existe una calle en la población. En la estación de verano muchos rebaños atraviesan el río por la parte inferior de la población. La mayor parte de las haciendas de las *Sabanas* se mudan á las ciénagas detrás de *Jagua*, y los viajeros que no conocen el método de criar animales en el país, se admirarían mucho de ver el número de vacas atolladas, que mueren en el fango de las orillas. Los pobres animales duran muchos días, haciendo primero impotentes esfuerzos

para salir de su mala situación, y luego se resignan. Los vecinos del lugar pasan por junto de ellas con la mayor indiferencia. Se preguntará en dónde están los dueños de esos animales, que con ayuda del hombre, y sin gran trabajo, podrían salvarse de segura muerte; y contestaré que los dueños saben perfectamente lo que pasa, pero consideran esas pérdidas, como sacrificios necesarios, porque no pueden atender á todo.

Parece que en todo tiempo los hacendados han tenido que pagar su tributo á los penates del lugar, y los actuales siguen la vieja rutina. Estos penates no pueden ser otros que los ídolos de barro de los indios, que los santos del cristianismo no han podido desterrar. De modo que la misma arcilla que sirvió para formar los dioses, se hace cargo de los sacrificios.

Hay otra anomalía digna de ser anotada. ¿Cómo es que los vecinos de *Jagua*, que se exponen para hurtar una panela en cualquier canoa arrimada á su puerto, respetan la propiedad de los *Sabaneros*, que, de todos modos, queda perdida para el propietario? En esto también, todo es efecto de la costumbre. Los animales en plena soltura poco provocan la codicia del ladrón, porque el robo puede descubrirse por el cuero del animal que lleva siempre una marca imborrable. Pero decir esto, no es más que decir la mitad de la verdad, pues para decirlo toda, hay que añadir que el indio de *Jagua* roba todo el ganado que puede vender en la ciénaga, como hace con las panelas; pero se cuida mucho de tocar á una vaca que es perdida para su dueño. De ese modo crea que hay doble daño: deja perder lo que ya está perdido, y además arrebatata al dueño lo que no podría perder de otro modo. Quizá sea de esa manera como el indio de *Jagua* pretenda vengarse de los *Sabaneros* que utilizan sus tierras á despecho de las gracias otorgadas por el rey de España. Ya hemos hablado bastante sobre este asunto que sirve para dar una idea del carácter de los habitantes del *San Jorge*. Siempre que se describe el territorio, hay que pintar á los que lo habitan.

La vía acuática que pone en comunicación á *Jagua* con *Tacasuán*, es un caño cuya boca se abre en frente de la parte superior de la población. Es un canal dispuesto por la naturaleza para el desagüe de una ciénaga inmensa que casi hace horizonte como el mar. Causa asombro considerar la cantidad de agua que necesita tal cuenca para llenarse; operación que se ejecuta en poco tiempo, lo mismo que el desagüe. La superficie es siempre un espejo colosal, sin yerbas ni manglares más que en las orillas. El terreno de las *Sabanas* forma allí una profunda hondonada, que permite la navegación hasta cerca de la parte céntrica de esas alturas; pero por desgracia, esta ventaja sólo se presenta en una parte del año, y aún hay años de pocas crecientes en que las embarcaciones grandes no pueden llegar al puerto del "Jobo", que es el más propio.

La *ciénaga*, que en la estación de invierno es un mar, es un lago en verano, como sucede con toda *ciénaga*: Estas alternativas periódicas, casi en fechas fijas, son peculiaridades que hay que tener siempre presentes en el espíritu, porque el aspecto del país se modifica de tal manera, que, visto en diferentes épocas, no puede reconocerse. Al atravesar el llano de la *ciénaga* seca de *Doña Leonor*, nadie puede figurarse que en ese mismo llano han naufragado piraguas y se han perdido personas y bienes, y que por allí han pasado grandes vapores, con ocasión de las últimas ferias de *Florencia*, que finalizaron en 1854.

La distancia del río á *Tucasuán* es de unas dos leguas en línea recta, y en esto también hay variación, porque cuando la *ciénaga* no es navegable por falta de agua, hay que seguir el caño en sus caprichosas evoluciones, que hacen el viaje mucho más largo.

La población está situada en la extremidad de una pequeña *ciénaga*, dependiente de la grande. El nombre de *Tucasuán* es indio y parece significar "ciénaga de los suanes". Este último nombre es el de un árbol muy frondoso, de cuyas ramas cuelgan raíces que al principio se asemejan á una cabellera muy larga y que con el tiempo se convierten en troncos muy corpulentos. Bajo la zona tórrida hay muchos árboles acuáticos que tienen el mismo modo de desarrollarse.

El *man* es también muy lechoso, y sus frutas son higos casi microscópicos que tienen el mismo sabor de los higos y son por consiguiente comestibles, aunque de poco aprecio por su pequeño volumen.

Lo que hace creer que la palabra *taca* significa *ciénaga* en lengua india, es que casi todos los nombres de *ciénagas* principian con esa voz, pudiendo considerarse lo que sigue como calificativo; como *Tacalca*, *Tucazambo*, *Tucasaluma*, &c. Este *Tucasaluma*, como hemos dicho ya, se encuentra en el mismo lado de tierra firme, pero más abajo. Siguiendo del lado de *Tucasuán*, se encuentran la *Galera*, y después *Santiago*, á poca distancia de la primera población.

Esta última es antigua y nueva al mismo tiempo, pues que existía ya antes de encontrarse en el punto en que hoy se halla. El *sabanero* participa ya algo de los pueblos nómadas: le gusta cambiar su residencia. Esta predisposición es causa de que en las *Sabanas* se encuentren tantos solares viejos que en otro tiempo fueron habitaciones.

Los actuales pobladores de *Tucasuán* tenían sus habitaciones en un lugar que queda á cuatro leguas en el interior de las *Sabanas*. El sitio ha tomado el nombre de *Villavieja*. Hoy es un bosque, bajo cuyo sombrío se distinguen ruinas, como pueden designarse los edificios de la comarca, es decir, las casas pajizas. Todo vestigio habría debido desaparecer; pero los habitantes de enton-

ces construían con más solidez, puesto que aún se ven enladrillados de bastante extensión.

Nadie vive hoy en la *Villa vieja*, y la historia no dice cuáles fueron los móviles de esta emigración tan unánime. Sólo puede suponerse que fuera en razón de la facilidad de conseguir pescado y además, de la comodidad de las vías de comunicación, que por ser acuáticas, son preferibles á las terrestres. Para la industria del ganadero había también ventaja en acercarse á los dos pastos necesarios. De modo, pues, que puede atribuirse á muchos motivos la emigración que se efectuó á fines del siglo pasado.

En aquel tiempo, ya la villa de *San Benito Abad* era muy conocida por su Santo Cristo, que tenía fama de muy milagroso. Ningún hacendado se habría atrevido á morir sin granjearse previamente la benevolencia del Santo, por medio de alguna donación,—cosa que evidencian los archivos viejos existentes aún.

Como prueba evidente del celo religioso de los antecesores puede citarse también la construcción de la iglesia en el nuevo lugar en que se estableció la población. Habíanse reunido fondos en abundancia, y levantándose paredes gruesas y bien construídas: el Santo Cristo iba á tener un templo duradero y elegante, y poco faltó para la completa realización. La obra se interrumpió, cuando ya la iglesia tenía las cuatro paredes hasta la altura del techo y las ventanas con rejas de hierro, porque los fondos habían desaparecido. La iglesia se quedó tal como la vimos mientras duró la feria de *Tacasuán*.

La imagen milagrosa se adoraba en una iglesia pajiza provisional, sumamente modesta, que había sido construída en un rincón de la gran plaza, cuya parte céntrica ocupa la iglesia comenzada.

La imagen es de madera pintada, como todos los santos de los países españoles. En los trópicos no hay el sentido artístico de la forma, pues la mejor estatua no tiene mérito alguno si no está pintada: el colorido es todo, la forma es insignificante y no se hace caso de ella. El artista que esculpió la imagen del Cristo de *Tacasuán* debía saber eso, porque poco se afaná en imitar, por medio del cincel los graciosos abultamientos que constituyen el cuerpo humano; ni siquiera supo conservar las proporciones de un cuerpo bien formado. En sus manos, el hijo de María perdió el tipo de la belleza oriental que la tradición le atribuye, y se transformó en indio de facciones muy vulgares y de un abdomen muy voluminoso para los miembros; pero lo pintó, y así, bien brillante, todas las imperfecciones se disimularon. Considérase siempre el Santo Cristo, como obra maestra de la escultura católica; y en este respecto, los dioses paganos no tienen en general, que envidiar nada á nuestros Santos: la impúdica Venus, obliga siempre á los ojos á adorar el mármol que la representa; el sublime Apolo, con su brazo alzado con tanta majestad, nos impone respeto, y la ca-

en el Júpiter olímpico, con su semblante de excelsa gravedad, con la idea palpable de la omnipotencia. Los griegos petrificaron su fé errónea; pero fué con el verdadero ideal de todo lo que constituye la superioridad. Sea de ello lo que fuere, la fé sobrevive siempre, y el Santo Cristo ha conservado algo de su antigua reputación á despecho del espíritu filosófico y del libre pensar. Los comerciantes del lugar siempre cuentan con él para tener buena venta en las ferias locales que continúan celebrando el 14 de Septiembre de cada año, como reminiscencia de las grandes que Magangué les arrebató.

Así, puede decirse que todavía hay feria en Tacasuán al mismo tiempo que se efectúa la de Magangué; pero sólo á ésta concurre el comercio de la costa y el del interior. En *San Benito* hay fiesta de iglesia, que los tenderos del lugar anuncian con explosiones á todas horas; en tanto que *Magangué* celebra la suya con menos ruido. Pero ¿qué decimos? Ya Magangué se halla también sin ferias ¡Tristes vicisitudes de la suerte humana! Magangué no quiso conformarse con dos ferias anuales y se hizo á las tres, para perderlas después todas de un golpe. El comercio de Barranquilla conspiró, y Barranquilla, á su turno ¿qué suerte tendrá? Un país que recibe de fuera todo su elemento vital, que no se arregla para equilibrar sus exportaciones con sus importaciones, va precisamente devorando su pasado y comprometiendo su porvenir. Pero esto tampoco puede durar; el sobrante de los tiempos pasados se agota y el porvenir quedará tan empeñado que ya no tendrá crédito. Entonces no quedará más que un remedio: reducirse á lo necesario, pero como el comercio obra en sentido contrario, querrá activar el consumo hasta que él mismo, exhausto también, tenga que reducirse.

Las ferias de la costa, por necesidad, han acelerado la crisis, que aún no ha llegado á su período final. Ya las ferias cesaron, y todavía han de cesar muchas cosas para la revivificación que se está esperando siempre y no quiere presentarse.

La arteria del *San Jorge* ya no late por falta del impulso que le imprimía la feria del Cristo; y hasta el recuerdo de su gloria pasada se va borrando de la memoria de los hombres. Los testigos oculares van desapareciendo, por lo cual haremos un esfuerzo para conservar algo de ese pasado ya casi apagado, y reproduciremos, al efecto, una relación detallada de aquellas ferias, como monumento histórico de la localidad.

III

LA FERIA DE TACASUÁN.

*Recuerdos de un viejo comerciante de ****

Las ferias que se celebraban en la villa de *San Benito Abad*, llamada *Tacasuán* en el idioma indígena, se establecieron con oca-

sión de la fiesta que se hacía á la imagen muy milagrosa del Cristo. Su origen es algo remoto, pues en libros impresos en el siglo pasado ya se hace mención de ella.

Como prueba de la veneración que inspiraba el Santo Cristo, existen numerosos testamentos de los hacendados de las sabanas en que cada testador disponía de cierto número de vacas en favor de la iglesia de la Villa; y ésta debió presentar, por tanto, un haber considerable, cuando el gobierno civil se declaró heredero natural de los santos. Por desgracia con esas fundaciones piadosas resultó lo de siempre: los fervientes católicos que administraban esos bienes sagrados daban las cuentas, si las daban, del gran capitán . . . y después vino el gobierno.

Las ferias tuvieron su fin en 1854. La última que se celebró en aquel año fué tan concurrida que nadie pudo figurarse que debía ser la última, tanto más cuanto que hubo hasta un vapor, lo que era entonces una novedad muy grande. Pero antes de hacer la descripción detallada de esta última feria que puede dar una idea de lo que habían sido las anteriores, debemos decir algo de la imagen que promovió la concurrencia.

Su aparición y su fama de ser muy milagrosa deben de ser posteriores á la conquista. Como obra de escultura, parece hecha por algún artista indígena, que de seguro no poseía el ideal de la belleza griega. El Santo Cristo de *Tacasuán* es ni más ni menos la efigie de un buen indio. El tipo indio está estampado en todo su cuerpo. Si el artista trabajó la estatua sin tener á la vista un modelo natural, tenía en la memoria todas las facciones típicas del indio, que presentan muy notables diferencias con las otras dos razas.

Se sabe que la prominencia del abdomen es lo que principalmente distingue al indio de las *Sabanas*; esta deformidad está figurada en la imagen con formas que no son naturales. Es que la imitación de la forma no es muy fácil con un cincel de simple aficionado ó curioso (pues así se llama á esta clase de artistas), porque para lograrlo se necesitan estudios preliminares que son de toda necesidad, aunque se dirá que hay escritores que no se toman el trabajo de aprender las reglas de la gramática.

Es verdad también que la fé salva, y la figura del Cristo de *Tacasuán*, á despecho de todas sus imperfecciones artísticas, no deja de pasar por muy milagrosa; y á ningún buen católico le es permitido dudar que cada año, cuando llega el momento de sacar al santo milagroso de la iglesia para pasearlo por las calles, el señor Alcalde en persona tiene que presentarse á intimarle el orden de dejarse sacar, porque de otro modo el Santo crecería tanto que no cabría por la puerta. El señor Alcalde tiene siempre el cuidado de evitar este milagro, presentándose en tiempo con su bastón ó vara de justicia, para probar que hasta Dios tiene que obedecer á la autoridad civil; lo que sólo se evidenciaría si el señor

Alcaldía se dignara no presentarse en el momento de hacer pasar al Santo collagroso por la puerta bastante estrecha de la pequeña iglesia provisional en que entonces se hallaba relegado, porque la de reyes que se había empezado con tanto esmero no pudo realizarse, no por falta de devoción de parte del pueblo, sino por culpa de los depositarios de los fondos, que tal vez se acordaron de que Jesucristo mismo había dicho que su reino no era de este mundo.

Es seguro que atrayendo el Cristo un numeroso gentío el día de su festo, no faltaron comerciantes que se valieron de la ocasión para ofrecer al público sus artículos, lo que queda probado por el gran incremento que tomó la feria desde su comienzo. Es verdad que las transacciones que se hacían al principio no eran nada comparadas con las de los últimos tiempos. En los primeros años después de la independencia sólo se presentaban unos tenderos de Cartagena, que iban á realizar los artículos ya envejecidos de sus casas; y es posible que al principio no fueran ni esos sino, los de las *Sabanas* y Magangué, los que iniciaran el movimiento. Desde entonces, todo ha cambiado. El comercio no se hacía en aquellos tiempos como ahora. Los negociantes del interior se surtían siempre en los puertos de mar, y los de éstos iban cuando más lejos á Jamaica, pues St. Thomás parecía todavía muy distante para ir hasta allá. Poco á poco los comerciantes de Cartagena hicieron la competencia á los de Santamaria: Barranquilla no se movía aún en el mundo comercial.

Del interior venían champanes cargados de artículos del país, y se puede decir que además de las ventas que se hacían á los consumidores de las *Sabanas*, se efectuaban muchos cambios: los del interior y los de la costa se cambiaban entre sí los artículos que no habían podido realizar por dinero efectivo, cambio que era una ventaja para todos.

Los primeros actores extranjeros que se presentaron en este escenario, circunscrito al principio exclusivamente á los hijos del país, fueron unos israelitas de Curaçao, que iban con mercancías de muy mala clase, restos de almacenes de las Antillas. Pero cada año se observaba una notable diferencia en los surtidos, porque los hábitos de lujo tienen un contagio que obra con mucha rapidez. Sólo los hombres de avanzada edad se acordarán de la sencillez con que se vestían hombres y mujeres en las *Sabanas*, y en lo general en los campos, hace cosa de treinta años.

Sólo en Cartagena se ostentaba un lujo exorbitante, porque la concentración del comercio lo sostenía aún. La competencia, rival siempre perjudicial, hizo salir á los vendedores en busca de los compradores, quienes no tenían ya que ir muy lejos á buscar lo que necesitaban, puesto que se le presentaba á la misma puerta. Juzgúese que la feria de *Tacasuán*, que no se celebraba más que una vez al año, era insuficiente, porque ya no era posible esperar

dos meses para renovar el surtido. Pronto se organizó otra feria en Magangué, en el mes de Febrero, época en la cual *Tucasuán* tiene su puerto á dos leguas de la población, es decir, en Jegan Magangué, situado en la margen de un gran río, se halla más al centro de las vías de comunicación que son las acuáticas. Así, la feria de Magangué, llamada de *Candelaria*, podía considerarse como una sucursal de la del Cristo. Sus principios fueron también muy modestos y su desarrollo muy rápido. Los dueños de casas fueron más emprendedores que los de *Tucasuán*. Yá desde antes habían empezado las construcciones de cal y canto, y la instalación de una feria anual, cada vez más concurrida, hizo multiplicar estas construcciones que brindaban al comercio una preciosa garantía de incombustibilidad. Pronto se vieron en la feria de Magangué surtidos más grandes que en la de *Tucasuán*: la sucursal prometía ser una rival peligrosa. Por el año de 1846, esta rivalidad tomó más consistencia, pues sucedió que la fiesta de San Antonio, el 13 de Junio, que no era más que una ceremonia religiosa, fué un pretexto para una nueva feria en el mismo Magangué. Yá había, pues, dos ferias en lugar de una. Este aumento tenía varias causas, de las cuales la primera era un aumento efectivo en el consumo, es decir en el gasto; se compraban más artículos porque por todas partes se ofrecían al crédito. Barranquilla había nacido; decimos nacido, porque Barranquilla tal como existe hoy no era entonces nada en comparación; y Barranquilla nació con el firme propósito de arrebatár el comercio á Santa Marta y Cartagena, como Magangué, al vestirse de casas de tejas, tenía tarde ó temprano que absorber todas las ferias, privando á *Tucasuán* de su único elemento vital. Hubo un momento de furia de feria; tratábase de establecer una en Calamar, una en Mompo; Cartagena mascaba la misma idea. De tantas ferias proyectadas no debían durar más que las de Magangué, hasta que les llegó también su turno: es que nadie piensa que el activar el consumo de artículos venidos del extranjero no puede ser un medio propio para enriquecer el país. Hay males que sólo se sienten cuando yá no tienen remedio. Los apacibles vecinos de *Tucasuán* no se figuraban que habían llegado al último período de su prosperidad. Al aproximarse el mes de Septiembre de 1852 se ocuparon, como todos los años, en alistar sus cuartos para alquilarlos á los comerciantes. Las tiendas así improvisadas no brillaban por sus obras de carpintería, pues los armarios y mostradores se hacían con cañas justapuestas.

Mientras cada particular se afanaba en crearse elementos y medios de cosechar ó pescar algo en el tumulto de la feria, el ramo de policía brillaba por su completa ausencia. Es la historia de todo lo que es español: la cosa pública es lo primero que se olvida. El Gobierno, es verdad, tiene leyes que disponen el aseo y el ornato de las calles y plazas. Las de *Tucasuán* no necesitan

en realidad de policía: toda la población se halla situada en un plano tan parejo como puede serlo la mesa del mejor billar. Es una superficie igual de tres leguas de extensión: es un tapiz de Sabanas. Pero las cosas de este mundo, al lado de una ventaja, presentan siempre algún inconveniente. La horizontalidad de aquel suelo tiene uno grande, y es que las aguas de lluvia no pueden correr y se quedan estancadas, lo que hace que esa Sabana, en tiempo de invierno, es una esponja empapada. Los animales que pacen allí comen la yerba casi al estado de caldo. Esta humedad fenomenal hace que las calles de *Pacasuán* tengan un pavimento de césped muy blando, que es un verdadero colchón natural. Como en los tiempos ordinarios el tránsito es poco, el suelo conserva una verdura que bien puede calificarse de virginal. Es veridical que al pisar sobre ese colchón uno puede mojarse, pero no se ensucia porque no hay fango. Hay algo de realmente pastoril en ese suelo tan agradablemente matizado; pero una atmósfera tan pintoresca no puede resistir al pisoteo de una turba como la que produce una feria.

La Sabana del lado de la ciénaga, es decir, el puerto, tiene un declive tan suave, que sería muy fácil establecer allí un ferrocarril ó una tranvía; pero lo único que hasta ahora ha corrido por ese suelo tan propio han sido unas carretas.

Este declive, que da facilidad á las aguas para unirse con las de la ciénaga, llama, por desgracia, á las aguas estancadas de la superficie de la Sabana superior que quieren perderse en la cuenca de la ciénaga. "Cada oveja con su pareja": las aguas tienen la misma afinidad. Pero estas aguas que se apuran tanto en bajar para confundirse con sus hermanas de la ciénaga; estas aguas tan obedientes á las leyes de la gravitación, son tan abundantes, que siempre están corriendo y nunca se acaban, por lo cual en el plano inclinado hay más agua que en el horizontal, con la única diferencia de que corren.

Al subir del puerto, encontrábase uno á la entrada de una calle algo estrecha; las dos hileras que la formaban eran chocitas bajas, algo parecidas á las que se encuentran en las márgenes del río. Esa calle era, sin embargo, *la del comercio*, como la llamaban, y tenía como cien metros de longitud, conduciendo á la esquina de una gran plaza, á cuya izquierda quedaba la plaza de la iglesia, más espaciosa aún. La calle del comercio tenía sus casitas pegadas casi la una con la otra, lo que era una gran imprudencia en construcciones tan combustibles, como lo son esos techos pajizos. La plaza de la extremidad de la calle del Comercio, tenía las mejores casas en sus cuatro costados: era el barrio de la aristocracia. Allí se situaba el gran comercio: una calle transversal, en la cual había también tiendas, la ponía en comunicación con la plaza de la iglesia que quedaba enteramente desierta. En las casas más próximas al puerto se concentraba el comercio del inte-

rior. En el puerto se vendía á todo sol, porque no había árboles ni en la misma población, por la muy sencilla razón de que las casas tan cerca unas de otras no tenían sino unas pocas varas de patio.

Puede citarse como una de las mil singularidades de la raza española esa tendencia á vivir amontonados aunque sobre espacio. El plano de la villa de *Tacasuán* se prestaba, por cierto, á la formación de una población con casas muy esparcidas, de lo cual habría resultado una multitud de ventajas: el intervalo de las casas habría podido llenarse con árboles frutales y huertas de legumbres. Pero nada de eso entra en las ideas de los pueblos de la costa, la horticultura es lo primero en que ostentan una ineptitud completa.

Un pueblo en que cada individuo tiene más de una legua cuadrada á su disposición, debería saber hacerse una vida cómoda, y precisamente sucede lo contrario. Sus alojamientos son más estrechos que en París, en donde un metro cuadrado de espacio vale más que tres leguas en *Tacasuán*. La mesa en que come una familia apenas tiene suficiente superficie para cuatro platitos. Y con todo, hay individuos que disputan la posesión de tierras inmensas de las cuales jamás utilizarán la centésima parte! En realidad es un país de contradicciones. Las pretensiones son infinitas y lo que se ocupa es de hecho menos de lo que se necesita; los niños piden siempre más comida de la que se pueden comer.

Aunque fuera como medida de precaución contra los frecuentes incendios, la policía debería prohibir esa aglomeración tan excesiva, casi siempre innecesaria y siempre perjudicial. ¿Pero quién piensa en mejorar las malas costumbres? La libertad individual se respeta tanto que todos los disparates y desatinos pueden hacerse impunemente. En el año de 1852 un incendio debía concluir con *Tacasuán*; por fortuna ó por desgracia esto no sucedió en tiempo de feria. Decimos que por desgracia porque un desastre es muchas veces útil á algunos comerciantes, porque les suministra un motivo plausible para no pagar á sus acreedores: siempre hay algunos que se hallan en la situación tirante del caso.

Aquella, pues, que debía ser la última feria de *Tacasuán*, empezó y concluyó exactamente como las precedentes. En los primeros días de Septiembre los de Cartagena se embarcaban en embarcaciones de Tolú que regresaban de aquel puerto casi vacías, como era costumbre; la travesía en esas embarcaciones de vela duraba tres ó cuatro días. En Tolú desembarcaban para seguir á caballo hasta el pueblo indio de Toluviejo, por el camino más infernal que puede encontrarse en el mundo entero: eran siete leguas de un lodazal continuo en que los caballos se hundían hasta la barriga. De allí se cogía la altiplanicie de las *Sabanas* pasando por *Corozal*, y se andaba por un camino naturalmente bueno y que puede hacerse carretero con poco costo.

Al mismo tiempo que hacían esto los Cartageneros, subían el Magdalena unas veiete embarcaciones grandes con mercancías y sal de la costa. Las mercancías extranjeras de los tres ó cuatro comerciantes de Cartagena subían igualmente por esta vía, después de haber remontado por la costa, justamente en sentido inverso al camino que tomaban sus dueños: Tolú se halla al sur de Cartagena y Barranquilla, ó mejor dicho las bocas del Magdalena están situadas al norte. El circuito que había que hacer era grande, por lo cual era preciso embarcar esas mercancías con un mes de anticipación. El Dique estaba abierto y podía servir para pequeñas embarcaciones; pero por esa vía se había establecido una costumbre fatal, y era que por el camino eran abiertos los bultos, resultando siempre algunos artículos de menos. Este hecho tan general había alejado el comercio que prefería mandar sus artículos por Barranquilla en botes de cubierta.

La mayor parte de los Cartageneros que iban á la feria eran peineteros de carey, que después de haber ellos mismos fabricado sus artículos, llevaban á venderlos, como aún se practica en el día. A estos peineteros se agregaban otros tantos babucheros y roleteros, industriales todos en pequeña escala. En suma son ellos los que han perseverado sin que ninguno de ellos haya podido nunca hacer fortuna; todavía se les encuentra con sus mismos artículos. Quizá los jugadores de roleta son los únicos que han disminuido en número; pero de esto no debe deducirse que el vicio del juego tenga hoy menos prosélitos, pues lo que hay de cierto es que el numerario se ha puesto más escaso.

Todo el gentío que de tantos puntos diferentes debía encontrarse en un mismo día en el grupo de casas de Tacasuán, se reunía así: de arriba del Magdalena, del puerto de Ocaña y aún de Honda, bajaban unos doce ó veinte champanes con café, tabaco, yerbas medicinales, azúcar y dulces de varias clases, cebollas, ajos, papas, manzanas, mantas de lana del país, sombreros blancos, cueros crudos y curtidos &.^a &.^a; el pequeño comercio de Mompox y Magangué se ponía también en camino; de Cáceres y Zaragoza venían con oro en polvo, que aún en tiempo en que el Gobierno obligaba á los extractores de oro á remitir todo á las casas de moneda y prohibía severamente la exportación del oro en polvo, aún en ese tiempo, decimos, ese artículo se vendía casi públicamente en la feria de Tacasuán.

Desde la antevíspera de la feria, es decir, desde el doce estaban en el lugar todos los concurrentes. Dos ó tres carretas tiradas por bueyas ayudaban á descargar las embarcaciones.

Entonces, nadie tenía que tomar la precaución de alquilar cuartos con anticipación porque siempre los había de sobra. Cada cual, al llegar, podía escoger, entre los muchos locales aún no alquilados, uno en buen punto; el alquiler valía menos de diez pesos. Poco después de instalado uno, se le presentaba alguna cocinera

para encargarse de la mesa. Como se ve, allí no había esos apuros que más tarde, en Magangué, hacían que todos temieran no encontrar colocación: en Tacasuán se vivía á las anchas.

La víspera, miles de acélimas hormigueaban por el inmenso playón de la Sabana; y entre esas caballerías veíanse unos bultos monumentales, que, á los ojos de un extranjero recién llegado eran inexplicables; eran simplemente indios del interior de la Sabana que llevaban sobre los hombros una infinidad de canastillas, y otras obras por el estilo que, de poco peso, presentaban un volumen enorme. Había también innumerables grupos de mujeres á pie, cargadas con hamacas y otras telas de algodón de su propia fábrica.

Todo ese gentío se instalaba confusamente en la Villa de Tacasuán. Toda la Sabana se cubría de animales, y de gente, el círculo de las casas en tanto que el puerto se llenaba de canoas de todos tamaños; la superficie de la plaza del comercio se ocultaba bajo las mesas, que no dejaban espacio por donde pasar. En menos de dos horas todo el suelo se convertía en un mazacote que per momentos se hacía más líquido y más profundo; los caminantes se hundían hasta la rodilla; muchos resbalaban y caían, y eso provocaba un coro de risas en la turba expuesta al mismo riesgo. La noche se pasaba en un tumulto continuo complicado por un sin número de episodios.

Llegado el día, se abrían las tiendas, que en el acto se llenaban de gente. Todos entraban á ver, á preguntar por los precios é inspeccionar minuciosamente las mercancías, pero nada, absolutamente nada compraban el primer día, que era día fúnebre para los vendedores: los compradores esperaban una baja en los precios y no se daban prisa en comprar. El puerto presentaba el mismo espectáculo; allí había que andar á caballo porque nadie podía transitar á pié so pena de desaparecer en el fango. Por la noche se repetían las mismas escenas de la víspera en la plaza.

Al segundo día, muchos sabaneros que no podían quedarse mucho tiempo ausentes de su casa, empezaban la venta, regateando los precios hasta donde podían. Los que vendían, para realizar á todo precio, tenían que estar midiendo de continuo, sin descanso, para no perder la ocasión. En el puerto, los precios de los frutos del país subían y bajaban, según las circunstancias. Todos se movían, agitándose incesantemente, poseídos del demonio del interés; y en medio de ese tumulto el Cura ariesgaba su clásica procesión, exhibiendo la milagrosa imagen, pretexto de tantos movimientos desordenados. Había una que otra pelea en las calles y en las tiendas, por los numerosos hurtos que se cometían.

Ya al tercer día los sabaneros se presentaban en menor número y los comerciantes se quejaban de que no vendían nada.

Al cuarto día empezaban á escasear algunos artículos y por á o mismo los solicitaban mucho: no había tiempo que perder para

conseguirlos. La escasez empezaba siempre por los artículos de puerto, el cual era ya casi imposible llegar por el estado del camino.

A los cinco ó seis días, ya los síntomas de la terminación se hacían más patentes; la turba había disminuido y había que pensar en la retirada. Entonces entraba el período de las *quemadas* que así se llamaba el momento fatal en que el comerciante, desesperado, se decide al fin á vender á cualquier precio ciertos artículos. Los compradores astutos esperaban con toda paciencia este triste momento de capitulación y reservaban sus fondos al efecto. Entonces empezaban esas transacciones *in articulo mortis*. Otros enfardelaban, quejándose amargamente de que nada habían vendido: unos pocos contaban su dinero, muy contentos porque habían realizado; los dueños de cuartos iban cobrando los alquileres, y las carretas se ponían otra vez en movimiento, llevando al puerto lo no vendido. Ya hacía tiempo que los sabaneros habían desaparecido. *Tacasuán*, con sus calles convertidas en una mesa propia para hacer ladrillos, volvía á su estado normal.

Los que habían concurrido de Cartagena á caballo, se volvían al punto de partida por agua, como pasajeros de algún bote; los más aristocráticos se iban en el único vapor que había. Todos pasaban así por *Jegua* y bajaban el *San Jorge* para entrar en el *Cauca*. Los incidentes, que se repetían en cada feria, fueron los que ocurrieron en la última.

Después del torbellino, *Tacasuán* había vuelto á su acostumbrada quietud, y pasó así el mes de Octubre. En el mes de Diciembre se dispuso la celebración de la fiesta de la Concepción, como era costumbre; y en medio de la procesión un triquitraque lanzado imprudentemente cayó encendido sobre un techo pajizo. La devoción era tan grande que nadie advirtió el fuego sino cuando ya no era tiempo de apagarlo. Ese incendio inspiró desconfianza en el comercio, y de ahí que se dispusiera la traslación de la feria á Magangué.

IV

DE JEGUA A SAN MARCOS.

Arriba de *Jegua*, á cosa de una legua y del lado del *Cauca*, se presentaba la boca de *gallina*, que pone al *San Jorge* en comunicación directa con el *Cauca*, durante una parte del año. Es verdad que para ello es preciso ir con mucho tino por el laberinto de ciénagas y atravesar *firmales* que, transitables hoy, ya no lo son mañana: porque la naturaleza está en incesante acción, y además de la vegetación que va creciendo, los vientos, cual fantásticos vaqueros, operan sus trasportes caprichosos, conduciendo verdaderos rebaños de islas flotantes que en su curso van tapando entra-

das y salidas de caños. La atmósfera tiene sus trópicos misteriosos que muchas veces contrarían maliciosamente las especulaciones humanas: díjase que es una competencia invisible á que el hombre está espuesto á cada paso; competencia maligna que muy raras veces le es favorable, y cuando esto sucede es por casualidad: como muy bien se sabe, las casualidades felices son muy escasas.

Así es que el caño de *Gallina* es muy poco frecuentado, y por lo tanto, muy poco conocido, aún por los hijos del país. Su existencia es hasta un peligro para los que van navegando aguas abajo, como lo son los clásicos *Caribdis* y *Escila* para los que navegan en aguas italianas del lado del Mesina. Es verdad que el peligro no es de muerte; pero como de noche los bogas, fiados en la mansedumbre de la corriente, se acuestan despreocupados en el plan de la canoa, dejando á ésta seguir con la corriente, sucede algunas veces que cuando despiertan se encuentran recostados contra algún *firmal* de alguna ciénaga desconocida. Su confusión entonces es grande; el río en que se creían bajando pacíficamente, ya no se vé, y no saben de qué lado coger para volver á él: es que durante el sueño de los imprudentes navegantes, la embarcación ha llegado á la entrada traidora de caño de *Gallina*, que la ha atraído y tragado por una especie de fascinación más fácil de explicar que la que ejerce la serpiente que de lejos atrae al pájaro para tragárselo. Este reptil no puede, pues, quejarse de la Providencia, que, si lo ha privado de manos para llevar los alimentos á la boca, le ha dado, en compensación, una facultad más espedita para hacerlos venir, *motu proprio*, como dicen los latinos, sin necesidad de garras ó trieches. La boca de *Gallina*, que así se traga á las Canoas, también vomita muchas veces embarcaciones que han salido de la boca de *San Antonio* y pasado por detrás de *Jegua*; y otras que han pasado directamente por la *Mejana*, saliendo de los puertos de *Mojagual* ó *Sucre*, para no tener que remontar la corriente del río, que, por muy apacible que sea, siempre obliga á los bogas á sudar un poco. Además de esa ventaja, hay lo que ya hemos apuntado en otra parte, y es que el viaje se hace más ligero, pues las nueve leguas que hay de la boca de *San Antonio* á *Jegua* por todo el río, se reducen á seis ó siete, cogiendo en línea recta por las ciénagas. Pero se necesita un gran conocimiento práctico que todos los patrones de embarcación no tienen, y la altura de las aguas tampoco se presta siempre para seguir esta ruta.

La boca de *Gallina* es pintoresca, es decir, de agradable aspecto. En la esquina superior hay un tupido bosque de mangos, con una casita al lado, y en la esquina opuesta hay unas palmeras de coco, plantas que no son muy comunes por allí; sólo en *Jegua* las hay en número considerable. La colcha del barranco va también modificándose; hasta allí el *Gramalote* era la única yerba que

los cubría; de *Gallina* para arriba, empieza el elegante *bijao*, cuyas inmensas hojas, algo parecidas á las del plátano, sirven para diferentes usos, pues á la vez son el mantel de la mesa, la tapa de las ollas, la teja de los techos y el papel para envolver. El *bijao* es el vegetal que desempeña el papel más importante en las localidades en donde se encuentra; y tal vez fué esta hoja tan flexible y extensa la que el primer matrimonio escogió para improvisarse un vestido que cubriera la vergüenza que experimentó por haber querido saber más de lo lícito, lo que prueba que desde el principio del mundo, el hombre se ha visto sujeto á ciertas trabas y se ha manifestado dispuesto á no respetarlas.

Algo más arriba de *Gallina*, y en la ribera opuesta, hay un corral denominado *Pedro Pérez*, sin duda el nombre de su primer dueño. Es una de las partes en que se descubre francamente la inmensa ciénaga de *Tacasuán*, que en la estación en que el corral está habitado deja de ser ciénaga, es decir, un mar rodeado de una cinta azul de tierras, para transformarse en un llano cubierto de yerbos altas y tupidas, que contiene numerosos grupos de varios colores de reses que pascen tranquilamente y que es recorrido por vaqueros á caballo. Tan pronto como las aguas vuelven á cubrir este espacioso terreno, sus huéspedes veraneros se retiran á las *Sabanas* adyacentes; el corral de la orilla queda desierto, y todo cambia, como en un teatro cuyos bastidores representan ora una ciudad, ora una selva. En el Norte, la naturaleza cubre por tiempos sus tapices de verdura con una capa monótona de nieve; en las regiones tropicales una capa brillante de agua reemplaza la nieve.

El corral de *Pedro Pérez* es la única habitación visible de aquel lado del río. Su último dueño fué una personalidad que ocupó especialmente la atención de aquella comarca. Hay hombres que, en su paso por la vida, se marcan con un punto aislado; otros se confunden con los mismos de su nombre que los han precedido y no son más que uno de los puntos insensibles que constituyen una línea de justa posición.

El dueño de *Pedro Pérez*, ahora pocos años, era don Francisco Javier Tovío (*Javié*), nombre conocido en todas las *Sabanas*. De él sólo hablaba el pueblo en sus reuniones; él era como el monarca de *Tacasuán*. Tuvo predecesores que ocuparon en el mundo la misma posición que él ocupó á su vez, y dejó hijos que son hoy lo que él fué en su tiempo; y, sin embargo, nadie se interesa por lo que los primeros hicieron ni por lo que los segundos aún hacen: la celebridad ni se da ni se recibe por herencia; cada cual tiene que conquistarla por su propia cuenta. Y, qué hizo don Javier para merecer tanto? Puede asegurarse desde luego que su fama fué de las más puras de que una familia puede enorgullecerse, pues que nunca costó una lágrima ni la menor pena ó

disgusto á nadie, y se derivó de acciones que sólo causaban una dulce sonrisa de satisfacción.

Toda su fama la debía á su carácter: había en él algo del Anacreonte antiguo. La historia representa al lírico griego, como un viejo siempre alegre, siempre dispuesto á comunicar su alegría á los demás, viviendo contento y esmerándose en contentar á los demás. La satisfacción interna implica una conciencia pura y una conformidad de suerte, que pocos hombres pueden sostener en su estado normal. Don Javier Tovío fué un anciano á quien nadie vió nunca incomodarse y que no indispuso á nadie. Explicar cómo se hace que hay ancianos que no parecen haber sido nunca jóvenes, pues que nadie se acuerda de haberlos visto así, es cosa algo difícil: *Anacreonte* sólo fué anciano; don Javier tuvo la misma suerte. Pero *Anacreonte* no supo ser rico, y cuando su protector *Policrates*, el tirano de Samos, le regaló cinco talentos, lo que equivale á seis mil pesos de nuestra moneda, el pobre *Anacreonte*, viéndose con ese capital, sintió que se le acababa su buen humor con las preocupaciones de la fortuna, y se apresuró á devolver el dinero á quien se lo había dado. Don Javier tuvo más cabeza y supo ser rico y manejar una hacienda, con un inmenso personal de domésticos, sin perder nunca un ápice de su buen natural. Muchos se acordarán de haberlo visto llegar á Chinú poner en movimiento á toda la sociedad chinuana, gastar un dineral en una noche de fiesta que improvisaba y desaparecer después de nuevo á ver sus vacas. Es que don Javier pertenecía á la sociedad culta y se complacía en alternar su paso por el mundo con dos géneros de vida muy distintos. En los grandes centros de población era el caballero perfecto, entregándose al galanteo con las damas y discutiendo asuntos de política con los notables. No participaba en nada de la sórdida avaricia de los hacendados de las *Sabanas*, que se sujetan á una vida verdaderamente miserable para no gastar dinero: al contrario, hacía las cosas en grande. El atractivo del placer no le hacía olvidar los cálculos de la prudencia; y después de unos días de fiestas locas y dispendiosas, montaba ligero á caballo y volvía á sus quehaceres. Entonces era otra vida: sus vestidos de caballero se guardaban para otra ocasión; y toda su actividad se concretaba á las labores de su explotación. Entre sus súbditos era el vaquero que no dormía ni dejaba dormir. Había que revisar los rodeos, llegar á ellos antes del alba, y antes de que se espaciera el ganado; era preciso desmontar para producir la parte vegetal de los alimentos, se gastaba mucho maíz para engordar cerdos, y ese maíz había que sembrarlo: todo eso había que hacerlo en tiempo y en medio de mil dificultades, y todo se hacía bajo su continua vigilancia. En medio de todas estas preocupaciones de la vida material, don Javier no perdía nada de su genio alegre y sabía soportar las groseras familiaridades del hombre sin educación, con todo el desprendimiento de un alma com-

positiva. El habría podido escribir algo ó tomar parte en el gobierno como tantos otros; pero su ambición se limitaba á las diversiones y al goce de una plena libertad de acción: era un filósofo práctico del más puro epicurismo, pero tenía en abundancia precisamente lo que hace falta á los hombres ilustrados, que por lo general no saben conseguir lo necesario, falta que les hace adoptar el papel de parásito, que es el más opuesto á la dignidad de hombre.

No podemos menos que referirnos aquí á un defecto universal en las biografías ó historias de las vidas de hombres que han merecido la distinción de que se llame la atención del público hacia ellos: tal defecto consiste en omitir siempre decir cómo llegaban á hacer sus dos comidas diarias y cómo hacían para vestirse y alojarse. Por cierto el asunto es de suma delicadeza. Hay en el mundo de la gran civilización tantos hombres á quienes costaría muchísimo hacer una confesión completa sobre el particular!... Así es que el escritor que precede á hacer la relación de la vida de un hombre, no se acuerda de decir nada respecto de estos puntos importantes, condiciones esenciales, *sine qua non*, de la existencia de todo sér animado. ¿Será que el historiador se encuentra en el mismo caso que el historiado?

En nuestra época, la literatura no sólo apunta cuidadosamente todo lo que pasa sino que sabe crear de continuo una infinidad de personajes y novelas que no han existido ni sucedido y que no pueden existir ni suceder; en nuestra época también, los escritores tratan de las pasiones de los hombres, de sus hazañas, de las inmensas sumas que gastan con las damas, lo que hace que tengan que suponer que los héroes á quienes pintan, como grandes gastadores, han nacido millonarios ó recibido alguna herencia. Todo eso sale de la esfera de las cosas comunes, y el lector que tiene dificultad para conseguir el dinero, debe necesariamente admirar la facilidad con que los héroes de sus lecturas favoritas tienen siempre la clásica bolsa bien llena. Esta preocupación es en extremo perjudicial á la vida práctica, y en esto estriba la causa fundamental de que, generalmente, los hombres que tienen la cabeza llena de tantas historias mal compuestas no saben cómo adquirir lo más necesario, y, acosados por el hambre, tienen que adoptar medios bajos para vivir.

Este vicio no es de moderno origen; la misma historia, aunque con mucho disimulo, conviene en que el muy sabio Sócrates, para poder vivir, tenía que valerse de las liberalidades de Aspasia que era rica porque sabía aprovechar su posición de persona linda y graciosa, para explotar á los hijos de familia y á los ancianos embebecidos. El mismo Anacreonte á quien hemos citado, se había convertido, para vivir, en complaciente adulator de un hombre á quien las circunstancias políticas habían colocado en el poder, como aún sucede hoy día, y que se servía de ese poder para

extraer el sabor del pueblo, decretando empréstitos, como actualmente pasa. Esos son los grandes personajes históricos que se brindan á la admiración de los hombres: brillan porque sólo los vemos por la parte buena de su sér. ¡Cuántos personajes, admirables por los adornos que cubren su cuerpo, inspirarían un sentimiento muy diferente si uno pudiera ver ese mismo cuerpo desnudo! La comedia humana vista entre bastidores, no es la misma que la que se vé con el telón alzado.

Don Javier Tovió era, pues, un sér excepcional en todo, una celebridad local que, en un país tan oscuro como el que riega el *San Jorge*, tenía que quedar circunscrita y fuera del alcance de la magna publicidad. En los tiempos en que aún se celebraba la feria de *Tacasuán*, su nombre era más conocido, por la concurrencia de extranjeros y forasteros. Entonces estaba todavía en toda la fuerza de su edad; la vejez lo fué invadiendo poco á poco, pero en nada podía menguar ni su carácter ni su actividad. Bien sabido es que en esta parte de la América, la ociosa existencia del rentista es una utopía; el anciano, por mucha fortuna que tenga, no puede nunca retirarse de la vida activa; él mismo tiene que manejar su capital con sus propias manos, y ver con sus propios ojos; y mientras más considerable es su fortuna, mayores son sus afanes. El decaimiento consiguiente á una edad avanzada no pudo modificar en nada las acciones y el carácter de don Javier; al contrario, su buen humor parecía adquirir más energía. En las reuniones eclipsaba á los jóvenes más apuestos; era el rey de todas las fiestas; y todavía se refieren sus numerosos chistes. Era una imaginación inagotable en cuanto á ideas y actos extravagantes; pero bajo todas sus aberraciones, había un fondo de juicio y de buen sentido. Conocía á su mundo y dejaba comprender que la humanidad no tenía medios de engañarlo; se rozaba con los hombres más perversos y, sin ofenderlos, sabía hacerles entender que de nada les servía la máscara que usaban. Sus bufonadas de viejo loco daban mucho en qué pensar; era la gravedad con máscara de sátira. A las máscaras que se le presentaban les contestaba con otra capaz de ruborizar á los que se creían bien ocultos con las suyas. Pero á tiempo que ejecutaba todos estos movimientos de su vitalidad tan original, se acercó el término fatal de su existencia: las enfermedades empezaron la obra de disolución. Cedió á las súplicas de su familia y se fué á procurar el restablecimiento de su salud: bajó el río *San Jorge* y llegó á Barranquilla, en donde murió.

El viejo ganadero había seguido la misma corriente que su espíritu especulativo había dado á las carnes que producía en su corral de *Pedro Pérez*; y después de haber despachado tantos viajes de ganado gordo para Barranquilla, despachó al fin su propio cuerpo. Hoy las olas del *San Jorge*, después de haber desfilado por delante de su posesión, van siguiendo en pos de él, y an-

ves de confundirse en la inmensidad del océano, saludan su modesta tumba. Estas aguas volverán al estado de vapor á las cascadas del río, para transformarse constantemente en masa líquida; así le sucede al cuerpo del difunto, que, invisible y animado por los recuerdos que dejó, aún se mueve sobre el barranco del río, en donde las almas supersticiosas pueden verlo á la pálida luz de la luna.

El río *San Jorge*, en sus márgenes y ámbitos, carece del elemento artificial humano. Los edificios que allí existen son chozas, cuyos techos están mal contruidos y peor atendidos, que rara vez son un abrigo seguro contra la lluvia. Esta arquitectura efímera y más que primitiva es todo lo que la actividad y sagacidad humanas han podido producir; de modo, pues, que lo que hay y puede describirse se reduce á las obras de la naturaleza, por lo cual, es posible hacer el trabajo geográfico. El desierto que es desierto tiene su aspecto que puede dibujarse y que cambia á cada momento. Para hacer conocer un país hay que pintarlo de lejos y de cerca, á todas horas del día y de la noche, y en todas las épocas del año. Muchos escritores dan una idea falsa de una localidad porque la han visto de paso y en un corto lapso de tiempo; y ellos mismos no la reconocerían si la vieran en otras circunstancias.

El papel del hombre con respecto al medio en que habita, puede desempeñarse de dos modos diametralmente opuestos: ó modifica la tierra, labrando su superficie y sobrecargándola de obras, ó bien, mostrándose impotente, se deja amoldar por ella y ajusta sus acciones á los objetos que lo rodean. Así, resulta que hay hombres que forman un mundo á su idea, como el Creador hizo el hombre á su imagen; y hay hombres que, arraigados en un lugar, sacan de él su propia naturaleza. Natural es, pues, que el río *San Jorge*, que no ha sido aún subyugado por la raza humana, muy débil para ello, haya formado habitantes que participen de su fisonomía, lo mismo que los hijos se parecen á sus padres.

Las supersticiones abundan en las márgenes del *San Jorge*, como por todas partes: contados son los parajes en que no se han visto fantasmas. Esto se comprende. Todo se presta á ilusiones de óptica, y en algunas partes el eco presenta fenómenos de acústica muy singulares. En tiempos de sequía hay playas en que el boga jamás se atreve á arrimar su canoa de noche. Si el gran historiador Plutarco, en su tratado sobre la cesación de los oráculos, refiere muy minuciosamente la conversación que un patrón de canoa sostuvo con una voz que se oía distintamente, como si hubiera salido de la ribera, no es extraño que dos mil años más tarde haya aún las mismas preocupaciones en el mundo. La especie humana ha sido, es y será siempre la misma, tanto en sus modos de ver como en sus ilusiones, que bien pueden definirse como un modo de ver al revés.

Muchos de esos pánicos pueden tener su origen en el recuerdo confuso que han dejado ciertos personajes que han vivido en los parajes que la voz pública denuncia hoy como frecuentados por apariciones.

Puede establecerse como regla general que en el país no existe el culto del pasado: los hijos apenas se acuerdan de sus padres y jamás de sus abuelos: los difuntos no tienen, pues, otro medio de pasar á la posteridad sino atemorizando algún lugar con la exhibición de su espectro. Falta saber si Dios nos da la facultad y el poder de hacernos visibles después de haber salido del mundo visible. El pueblo ignorante lo asegura con toda fe, aunque el hombre ilustrado no quiere admitirlo: quizá los fundamentos de ambos son de igual peso!

El cosmógrafo imparcial, si quiere ser puntual, tiene que señalar en su carta todo lo que hay de particular en cada punto de su mapa. En un mapa dibujado, las dificultades geográficas no lo permiten sino hasta cierto punto; pero un mapa formado por medio del lenguaje escrito tiene una amplitud indefinida y puede tratar con prolijidad de todo lo que puede considerarse que tenga algún interés. Hay, pues, que convenir en que todo hombre, por inerte que sea, algo edifica mientras vive; sus acciones son los materiales del edificio, invisible para el ojo material, que va levantando cual una torre de Babel. Estos edificios invisibles son las obras humanas que adornan las márgenes del *San Jorge*, en que el ojo material sólo vé el pintoresco lujo de una naturaleza desordenada. Entre todas esas contrucciones banales, solamente se distingue lo edificado por Javier Tovío, como un palacio sobre las casas particulares de una ciudad. Es una notabilidad como las pirámides de Egipto, el coloso de Rodas; y como éste, yá no es más que una cosa que sólo existe en la memoria de los hombres. No obstante, es un hecho consumado, es un sér que la tierra del *San Jorge* brotó y que debe entrañar su historia.

Ignoramos si ese río, en su parte baja, ha sido teatro de algún acontecimiento notable ó la mansión de algún personaje sobresaliente, en tantos siglos trascurridos desde la creación del mundo. Pocos vestigios han dejado las generaciones pasadas, lo cual puede causar sorpresa, porque los hombres en el paraje en donde viven, aunque sea por poco tiempo, dejan siempre algún pedazo de cántaro, fragmento de barro cocido que es un eterno rastro. Tales testimonios, aunque raros, se encuentran: el barranco, en su derrumbamiento, arrojó cántaros enteros; y también se han encontrado alhajas de oro de fábrica indígena, al hacer algún hoyo para sembrar una mata de plátano ó para clavar algún poste. Esos son testimonios irrecusables de que allí hubo hombres antiguamente, pero que nada dicen respecto á cronología; no se sabe si tales objetos son contemporáneos de la guerra de Troya ó del reinado de Augusto. Más tarde se verá que en las partes superiores del río

Hay objetos que hablan más explícitamente de su historia pasada. Puede suponerse también que en esas tierras bajas las aguas van depositando todos los años una capa delgada de sedimento nuevo, de modo que al cabo de muchos siglos esta superposición, tantas veces repetidas, acaba por formar una capa tan gruesa que los objetos depositados en la superficie se encuentran al fin á una profundidad inaccesible.

El río *San Jorge*, en su parte baja, es un río de fango que corre sobre fango. De todas las sustancias sólidas ésta es la más impresionable; así es que todo lo que se mueve sobre una superficie tan impresionable produce en el acto huellas profundas: es un grabado que sería eterno si se solidificara. Pero ese suelo tan complaciente no conserva nada; todo es obra de un día y no puede encontrarse ningún rastro de lo pasado. El cauce mismo participa de esa movilidad; cambia sin variar. Esta condición efímera, que se extiende desde el suelo hasta lo que se mueve sobre él, no es una necesidad irremediable. Los pueblos del desierto viven también sobre una capa de arena sin consistencia alguna; pero sus tradiciones son imperecederas. Del desierto, en que el suelo corre como las olas del mar, nos han venido las historias más antiguas del mundo. Los pueblos nómadas, sin habitación fija, han conservado los recuerdos del pasado; pero en el río *San Jorge*, las generaciones se suceden sin que se conozca su existencia, que el tiempo va llevándose. El individuo tiene el presentimiento de que nada quedará de él, y por lo tanto no tiene por qué cuidar de su reputación; ávido de vivir, disfruta de la vida: el momento presente es lo único que lo preocupa. Con ese modo de ser no se puede saber si los moradores del lugar fueron, en los tiempos pasados, diferentes de lo que son hoy; pero puede deducirse que no se han podido efectuar muchos cambios. La acción humana es débil por falta de elementos de actividad; este es el país de la indolencia. Los tipos son los mismos; y en ese torrente perpetuo de vulgaridades confusas ha habido algunas individualidades originales que han podido distinguirse; pero el tiempo se lo ha llevado todo: el país de la indolencia tiene el culto del olvido.

A la altura á que hemos llegado en nuestra descripción, el río parece ya girar sobre un plano algo más elevado, pero esto sólo del lado del *Cauca*, pues del lado de las *Sabanas* el terreno conserva exactamente su nivel. Por esta razón únicamente de aquel lado existen algunas viviendas permanentes que no se anegan más que en años de crecientes extraordinarias.

Arriba de la boca de *Gallina* se encuentran sucesivamente otras dos bocas menores que parecen como sucursales de la primera. Estas son las bocas de *Noalla* y de *Pompona*, nombres sorprendentes para un oído europeo que sabe algo de la historia de la corte de Francia en el siglo pasado. Se sabe lo unida que estaba ésta entonces con la de Madrid, y puede suponerse, con visos de

razón, que fué algún hidalgo de una de las dos, quien hizo alguna excursión en ese país tan distante y tan salvaje y bautizó á éstos modestos caños con nombres tan aristocráticos. Lo que da más peso á esta conjetura es que más arriba se encuentran terrenos que pertenecían á un marqués de Santa Goa, como lo justifican unos títulos muy antiguos.

Del lado de las *Sabanas*, se presenta después un caño casi tan ancho como el río mismo, es la boca de *Polo*, que á poca distancia del río se divide en varios ramales que van así recogiendo las aguas de la parte superior de la ciénaga de *Doña Luisa* que comunica, ó mejor dicho, se confunde con la de *San Benito Abad* ó *Tacasuán*. Es la superficie más extensa de todos esos grandes depósitos de agua dulce, pero le falta bastante para llegar á las proporciones de la de *Zapatoza*, situada del otro lado del *Magdalena*. Esto es debido á una gran depresión del terreno alto de las *Sabanas* que forma allí una inmensa hondonada; y gracias á esta situación, las embarcaciones pueden llegar muy cerca del centro de las *Sabanas*. Allí hay un puerto denominado *Jobo*, punto de comercio que habría dado ya origen á un gran centro de población si hubiera seguridad de que esa ciénaga fuera navegable todos los años, aunque sólo fuera por uno ó dos meses, lo que no sucede. Las aguas son muy irregulares en sus crecidas anuales, y muchas veces acontece que pasan años en que el puerto del *Jobo* queda seco y en que la ciénaga, con demasiado poca agua para la navegación, la tiene en exceso para permitir el paso á las bestias de carga. Es un terreno fangoso entonces, intransitable de todos modos. La mano del hombre podría remediar este estado, ya escavando un canal navegable ó formando una calzada; pero la situación no permite ni pensar en semejantes mejoras. Hay que dejarlo todo al trabajo inconsciente de la naturaleza y aprovecharse de las circunstancias favorables cuando se presentan. Cuando el puerto del *Jobo* es accesible se llega por el caño que comunica con el río en frente de *Jagua*, y el de *Polo* sólo podría servir para abreviar el camino á las embarcaciones que trafican con la parte superior del *San Jorge*.

La ciénaga de *Doña Luisa* es un punto interesante en cualquiera estación del año; cuando llena de agua, es un mar con un oleaje bravo al menor viento, que imposibilita entonces el tránsito á las piraguas del país, que tienen todas sus bordes en ángulo recto respecto del plan, y que, por consiguiente, son impropias cada vez que las olas se embravecen, pues una tempestad en aquellas aguas expone á los mismos peligros que en alta mar. Háblase de naufragios en que todo se perdió, bienes y almas. En la estación seca se transforma en una llanura sin la menor sombra; por lo cual nadie se arriesga á pasarla con el sol de medio día. El suelo se cubre de una vegetación menuda, y por entre las gramíneas brotan vegetales que quizá no se encuentran en otra parte. A—

que las plantas tienen una conformación especial que las hace propias para la vida acuática y la terrestre, tan opuestas, pero que alternativamente tienen que adoptar en las dos estaciones del año. En las anuales se ven órganos especiales para preservar las semillas de la putrefacción y conservarlas en estado perfectamente seco por todo el tiempo que dura la inserción, la cual puede prolongarse dos años seguidos, y tal vez más, sin que la semilla pierda su facultad germinativa. De todas esas producciones peculiares, hay una que se llama *Zampuma*, que es la más interesante. A primera vista puede compararse con una esponja de agua dulce; pero diremos de una vez que de ninguna manera serviría para el uso á que generalmente está destinada la esponja del mar, es decir, para enjugarse con ella.

La *zampuma* es también comparable á cierta fruta de leguminosa que se llama *pica-pica* y que se emplea como vermífugo, virtud que deriva de la infinidad de púas que, por cierto, matan las lombrices, y que, abandonadas al viento, producen un prurito insoportable al caer sobre el cutis del hombre. La misma virtud posee la *Zampuma*, y basta pasar cerca de un lugar en que la hay, ó bañarse en aguas en que se encuentra, para sentir en el acto la misma picazón. Este producto que, observado al microscopio y aún á la simple vista, es una reunión de aguas finísimas y transparentes como un cristal, puede en tercer lugar compararse á un crizo de mar. Sus agujas muy rectas y divergentes deben de ser de una sustancia particular; son tan frágiles que se quiebran y son sus fragmentos los que revolotean por el aire y molestan tanto el pellejo en que caen. Esta *Zampuma* se forma en todas las ramas de árboles que viven algún tiempo debajo del agujas; entonces el volumen de estos globulillos no pasa del tamaño de un huevo de gallina, y muchas veces no son más que pequeñas concreciones de espinitas que apenas se ven sobre las conchas; pero en el suelo de la ciénaga de *Luisa* son verdaderos montones de forma globulosa, de los cuales muchos pasan de medio metro de diámetro. Sería imposible trasportar un glóbulo completo, en razón de su excesiva fragilidad. Puede ser, que con el tiempo se le halle alguna aplicación. La molestia que causa, principalmente á los que se bañan en aguas que la contienen, no es muy fuerte ni duradera. El efecto es muy pasajero y de ninguna consecuencia. Así, sólo hablamos de este objeto como curiosidad y como una producción que más que cualquiera otra merece el calificativo de *sui generis*, que los naturalistas aplican muchas veces á sustancias mecenas originales que esta. Bajo la zona tórrida, parece que la naturaleza se ha aplicado con más esmero en producir un estado de guerra necesaria entre tantos seres á quienes, ella provee de armas ofensivas y defensivas más ó menos complicadas. Cada cual ataca y se defiende: las plantas con sus espinas, los insectos y reptiles con sus ponzoñas, los otros animales con sus garras y sus dientes, Si

la paz es muy apetecible, ella no parece haber entrado en las miras del Creador, cuando ha formado tantas éres que sólo pueden subsistir destruyéndose; aunque es verdad que la misma Providencia que suministra todo ese lujo de elementos de destrucción, ha tomado igualmente sus medidas para que cada especie tenga como conservarse por medio de la reproducción; las semillas sobran siempre en proporción asombrosa.

La boca de *Polo* y los cañitos de la parte opuesta tienen su razón de ser, y ésto se nota por la disposición del nivel del terreno, que en aquella parte parece ya tender á una insensible sublevación; el cauce mismo del río se resiente de esto y lo indica. La dirección de sur á norte, que hasta allí se alejaba poco de la línea recta, ya no se observa, y el río se enrosca hasta el punto de que hay partes en que corre directamente hacia el sur; lo que me hace creer que evidentemente hay algún escalón. En el espacio de terreno situado del lado del *Cauca*, se encuentran ya selvas sobre tierra firme, en las cuales sólo circulan canales naturales que suministran á los moradores de aquellas profundidades un modo fácil de trasportar sus frutos. Varias viviendas existen en un paraje denominado *Cuiba*; y sus habitantes abastecen el mercado de *San Benito Abad*; y en épocas excepcionales, los plátanos de allí se bajan hasta *Barranquilla*. Allí también se elabora la pita. El terreno es sumamente feraz, como el de la *Mojana*.

Aquellas selvas, en parte desmontadas, todavía colindan con manchas de ciénagas que, junto con los canales, proporcionan el modo de subir con pequeñas embarcaciones hasta la ciénaga de *Ayapel*, sin tocar con el río. Es un laberinto nuevo, algo diferente en su aspecto del de las ciénagas. En éstas, el sol molesta mucho de día; en los caños, al contrario, el astro no puede verse, y se viaja bajo una sombra tupida. Los mismos habitantes del lugar se esmeran en dejar subsistir los obstáculos que se oponen al tránsito. Es que entre esa gente existe un pánico perpétuo: el reclutamiento; y los hombres viven sobresaltados, como verdaderos animales salvajes.

En las montañas de *Cuiba* hay suficiente tierra firme para fundar importantes establecimientos de agricultura. Allí existían los primeros árboles de caucho que se ofrecieron á los extractores venidos de abajo; y, sin embargo, fueron los últimos que se destruyeron para conseguir la preciosa goma. Es que pocos son los transeuntes que conocen la existencia de esos escondites, y los que viven en ellos no se comunican con los de afuera sino para vender sus plátanos y su pita, y proveerse de sal, tabaco, y algo de género para vestirse cuando salen al río, porque en sus posesiones andan desnudos. Esta vida tan retirada les agrada en extremo, y los que la han probado una vez, no quieren dejarla. La pesca y la caza les procuran un alimento abundante; comen y tra-

bajan lo necesario: la mayor parte del tiempo lo pasan en una inacción completa. El reposo es todo lo que saben ambicionar; y como así levantan á los hijos, éstos continúan la raza y las tradiciones: son anacoretas como los hay en todas partes del mundo. El hombre nace, vive y muere, sin alcanzar á saber por qué hay en el mundo seres capaces de moverse: los mismos movimientos de su organismo le enseñan á satisfacer sus necesidades, y hace lo que puede para prolongar su existencia, hasta que siente que la muerte es inevitable, y entonces se deja morir.

El río tuerce como para acercarse al *Cauca*; diríase que un movimiento del terreno del lado de las *Sibanas* lo obliga á esta desviación. En la porción de terreno que se halla así rodeada de agua por tres costados, hay un caño en línea recta, por donde puede acortarse el camino, entrando por la boca de *Polo* y saliendo de nuevo al río por el paraje denominado *Remolino de San Blas*. Como se ve, estos atajos son innumerables. El navegante que los ignora, tiene que seguir por el cauce principal del río, que, en suma, es el camino más natural y de menos molestia. Las circunvoluciones siguen hasta el *Mamón*, pueblecito que en el día se ha reducido á cinco ó seis casitas, de las peores que pueden encontrarse en la comarca, pero que es punto importante y no dejará nunca de serlo.

El *Mamón* es otro de los numerosos pasos que sirven á los animales de las *Sibanas* para ir todos los años á sus pastos de verano. Ya más abajo, á una pequeña distancia, está el paso de la *Siera*, que debe ser el más concurrido, pues el tráfico de tantos pies, que por un lado de las márgenes resbalan en el barranco hasta abajo y por la otra tienen que trepar, ha escavado zanjones de más de dos metros de profundidad y de menos de uno de ancho. Esta merma de la tierra no extrañará tanto cuando se sepa que la capa superior de todo el país es sólo una arcilla muy fina y compacta, que se deja desleír fácilmente con el pisoteo y el agua, cosas que no le han faltado desde hace cosa de tres siglos, es decir, desde que los españoles introdujeron los animales domésticos que antes no existían. En los tiempos anteriores al descubrimiento del Nuevo Mundo, el espectáculo debía ser muy diferente, pues los indígenas no tenían que ocuparse de pasto, y sólo debían emplear esas ciénagas para la pesquería, en invierno, y quizá, en verano, para sembrar algo, como se usa en Egipto tan pronto como se retiran las inundaciones anuales del Nilo. Lo que es positivo es que estas ciénagas presentan unas raras elevaciones de terreno que, islas en invierno y cerritos en tiempo de sequía, servían de lugares de habitación á los indígenas, como lo demuestran algunos fragmentos de cántaros de barro, y hasta pedazos de figuras de la misma sustancia, que se han hallado. Esto prueba que en todo tiempo, ha habido hombres que preferían esos parajes infestados de mosquitos á las alturas tan amenas de las *Sabanas*, sopor-

tando esas incomodidades locales, sin duda por la facilidad de conseguir el alimento, tanto animal como vegetal.

La razón de ser del *Mamón* no es solamente su paso, sino también una importante población que existe al borde de la tierra firme de las *Sabanas*, cuya existencia nadie puede sospechar si no se le dice, y que menos puede encontrar si no sabe bien el camino.

Esta población es *Caimito*, que debe ser muy antigua; aunque puede suponerse con alguna verosimilitud que fué fundada después de la conquista, pues en ella no existe ninguna familia de indígenas, en tanto que en el *Mamón* todas lo son. No existen documentos históricos ni escritos ni aun vestigios más materiales; y el único indicio que atestigua su antigüedad es el hundimiento del plan de la población, lo que constituye una prueba irrecusable. En aquel suelo de poca consistencia la acción de los seres semovientes se hace sentir en el acto mucho más que la de las aguas. En las partes en que la superficie de la *Sabana* está cubierta por el colchón de césped, el terreno no puede gastarse y conserva su nivel; pero no sucede lo mismo en los puntos en que el continuo tráfico mata las gramíneas menudas cuyas raicillas forman un tejido tupido que nunca se envejece, por la constante renovación de las fibras. Pues bien, *Caimito*, situado en un rincón de *Sabana* muy alta con un rápido declive sobre la ciénaga, tiene sus casas en un hundimiento tal, que ni la punta de los techos es visible para los que llegan atravesando por tierra los grandes tendidos planos de la *Sabana* circunvecina; y del lado de la ciénaga tampoco puede verse de lejos por los tendidos de manglares que obstruyen todo. Los pasadizos que permiten el acceso se hallan como disimulados á propósito por las ramas de aquellos árboles que, muy tupidos por sus numerosas y grandes hojas de un verde oscuro lustroso, se hallan además cubiertos de grandes cortinajes de lianas. Todo parece dispuesto por la misma naturaleza para resguardar aquellos parajes y hacerlos invisibles, y hasta el silencio normal de la población aleja toda idea de que haya por allí existencias que dejen transcurrir todos los años de una larga vida en ese aislamiento, casi completo, del gran movimiento humano. El hombre es, por cierto, un sér complejo; sus preferencias son de las más contradictorias: unos creen que no es posible vivir sino en el incesante tumulto de las populosas ciudades, otros no sienten felicidad sino en extensas soledades en donde reina un eterno silencio; unos se complacen en vivir en las ásperas breñas de las montañas, otros prefieren las parejas llanuras; unos gustan del espectáculo majestuoso del piélago en que el cielo y el agua se confunden en el horizonte, otros se sienten muy felices en profundas gargantas en que la vista está aprisionada por todos lados.

En las familias patricias de *Caimito* predomina el elemento de la raza española: diríase que son descendientes de algunos ga-

legos que vinieron de la Península á buscar los fabulosos tesoros del mundo de Colón, y que, encontrando un país tan parecido á los llanos de su patria, se decidieron á fijarse allí, ocupándose, en las faenas de humildes pastores, sin aspirar más á volver á España cargados del oro que habrían tenido que ir á buscar mucho más lejos.

Caimito, lejos de aumentar, va en descenso, como todo en la América latina. Las colonias iban en progreso bajo el impulso de la Metrópoli que había hecho afluir á ellas la corriente humana de la raza africana, que con su sudor de esclavo tenía que fertilizar aquellos países despoblados. La independencia hizo cesar la corriente, y aún más, abolió la esclavitud, inutilizando así lo hecho y mucho más todavía: abrió la puerta al comercio del mundo entero, entregando el país á su rapacidad. Así pues, el enervamiento en la fuerza productora y la salida de las riquezas ya producidas, tenían que producir efectos rápidos, que se hicieron sentir hasta en partes tan remotas como *Caimito*. Es de extrañarse ésto, porque las crías de animales domésticos no debían perturbarse y quedaba el mismo consumo; mas es preciso tener en cuenta que las haciendas se manejaban con un personal que era propiedad del dueño. El mayordomo era esclavo: tenía que obedecer y no podía apropiarse nada. Con la abolición de la esclavitud las condiciones cambiaron. Una propiedad errante, como lo es la fortuna del ganadero, se halla por lo mismo muy expuesta, y el menor descuido es causa de ruina, ya por los robos, que se cometen, ya por la falta de cuidado que disminuye si no anonada la multiplicación. Todas estas causas de menoscabo se comprendieron cuando el mal ya estaba hecho; y entonces los dueños vieron que no había otro remedio contra una ruina inminente sino que ellos mismos administraran y trabajaran; y así lo hicieron. En lugar de quedarse quietos y ociosos en la población de *Caimito*, se esparcieron en sus posesiones de las *Sabanas* y *ciénagas*.

De esto ha resultado que la población haya mermado y en la estación de verano casi todos emigran á la ciénaga ó al río; bien entendido que es á la ciénaga del otro lado del río, pues el mismo *Caimito* está rodeado de ciénagas y sólo de un lado tiene sabanas. El pueblo dista unas dos leguas del río.

En tiempo de invierno se transita embarcado de *Caimito* á *San Benito Abad* ó *Tacasuán*, sin entrar en el río. La distancia es apenas de cuatro leguas, cuando por éste sería casi el doble; lo que se explica muy fácilmente, pues para llegar á él hay que recorrer dos leguas que son perdidas, porque el río está en ángulo recto con la ruta. El camino que en invierno se hace en una piragua es el mismo que se sigue á caballo en verano.

Ahora podemos volver al *Mamón*, al cual hemos dejado por un momento para dar una idea de lo que es la localidad que existe oculta detrás. En el día, el *Mamón*, del lado de *Caimito*, se

compone únicamente de cinco ó seis casas, y en la otra orilla, de dos techos. Es un pueblo muy difícil de comprender, aunque no le tenga á la vista: el ojo se llena de ilusiones. Lo que aparece ser una casita á unos pocos pasos de distancia, es á veces un montón de hojas secas; en lo cual puede decirse que *hax vice-versa*. Á esta incertidumbre contribuye la circunstancia de celebrarse todos los años, en el mes de Mayo, una especie de feria en ese lugar; con ese motivo se construyen unas barracas para los mercaderes que concurren, y esas chozas, que se hacen para un uso momentáneo, quedan después á la disposición de los que quieren ocuparlas.

Es una peculiaridad de la Zona tórrida, en donde la naturaleza exhibe á cada paso materiales suficientes para improvisar una casa, que haya hombres sin abrigo, que, para libertarse del sol ó de la lluvia ó para reposarse, se recuestan en cualquier objeto que pueda servirles al efecto. En los viajes por comarcas inhabitadas se improvisan casas, tan pronto como el tiempo amenaza ó se acerca la noche; y en los lugares habitados, hay hombres que pasan su vida proyectando casa sin hacerla nunca. Esos Diógenes modernos no dejan de hacer pro-élitos; la juventud sigue su ejemplo, y en este sentido sí puede decirse que hay progreso. Hace veinte años, había en el *Mamón* casitas que no eran peores que las de *Caimito* y otros lugares idénticos; ya hoy no se ven sino las dichas barracas. Su industria es el paso; de consiguiente sólo en verano es cuando se gana algo á los ganaderos que diariamente tienen que atravesar el río alternando de sus corrales de ciénaga á sus habitaciones de *Sabanas*; el resto del tiempo los habitantes se mantienen con el producto de la pesquería. Son indios que se diferencian algo en el tipo de los de *Jagua*; y puede ser que los primeros que se establecieron allí fueran del interior de las *Sabanas*. Esta conjetura es bastante verosímil, si se tiene en cuenta que muchos de estos últimos tienen que ir todos los años al río á recoger cogollos de caña de flecha, para fabricar sombreros de paja; y es muy posible que á algunas de esas familias nómades les haya parecido más cómodo quedarse allí y hayan formado el núcleo de la población del *Mamón*.

La feria que se celebra allí en los primeros días del mes de Mayo, como fiesta de la *Cruz*, es una miniatura de las de Magangué. Concurren algunos tenderos de este último punto que se toman la molestia de trasportarse allí con mercancías. Es un viaje por agua de cuatro días por lo menos, y lo hacen para vender cada uno cien pesos y muchas veces menos, á los precios á que han comprado en Magangué. Eso es lo que ellos llaman *hacer la plata*: son los mismos disparates mercantiles que se cometen por todas partes. Es que las mercancías de fábricas extranjeras se introducen siempre en mayor cantidad que lo que exige el consumo, que es ya muy excesivo comparándolo con la pobreza

del país. Los mismos hijos del país, chicos y grandes, trabajar en favor del aumento del comercio de introducción; aumento que conviene mucho al Gobierno general, que de ese modo recibe más derechos de introducción en sus aduanas, y le conviene también al Gobierno del Estado que recibe el 15 por ciento sobre los mismos derechos: todo ésto es muy bueno; pero no se tiene en cuenta que las introducciones exigen un equivalente en exportación, y este equivalente que debería consistir en frutos del país se está haciendo impracticable. Los economistas dirán en su lenguaje pintoresco que el horizonte se está oscureciendo; y por desgracia ó por fortuna, los horizontes del mundo entero se hallan en la misma situación meteorológica: no hay más remedio que dejar hacer.

La feria del *Mamón* no es la única que se celebra; *Caimito* tiene también la suya en su propio plan, y á ella concurren precisamente los mismos compradores y vendedores del *Mamón*: esa feria se efectúa el 15 de Agosto y se llama fiesta del Tránsito.

El acceso al puerto de *Caimito*, del lado del *Mamón*, puede hacerse por un cañito que tiene su boca á unos cincuenta metros más abajo del pueblecito; pero que sólo es navegable cuando el río está lleno hasta los bordes, y si no lo está, hay que bajar hasta la boca de *Polo*. La violencia de la corriente en todos esos caños es cosa que asombra y hasta atemoriza; las aguas del río se precipitan allí como si fueran solicitadas por algún precipicio ó catarata. En ese fenómeno se reconoce lo elevado que debe hallarse ya el cauce del río, comparado con el nivel de las tierras adyacentes; y es muy natural que ese cauce se vaya alzando insensiblemente hasta el punto de que el río tenga al fin que salir de su lecho primitivo y excavar uno nuevo, cosa que probablemente ha hecho ya muchas veces desde que el mundo es mundo.

El *Mamón* tenía, hace unos veinte años, otra comunicación acuática en la parte superior; era la boca de *San Gregorio*, de la cual no ha quedado la menor señal en el barranco, ni se puede reconocer el lugar en que existía. Esta obstrucción tan extraordinaria fué causada por un desmonte imprudente que se hizo en la orilla; los árboles que se echaron y cayeron entre el agua, se cubrieron después de las yerbas flotantes que arrastraban las aguas; en seguida vino la tierra, Dios sabe de dónde: el hecho es que en pocos años quedó todo bien nivelado, y hoy es un acontecimiento de la historia antigua del río, como lo es la vida de don *Javier Tovío*.

Al penetrar por el caño de la parte baja, el único abierto por ahora, se entra directamente en la gran ciénaga que se extiende desde *San Benito Abad*. Al dirigirse al Sur, se pasa cerca de unos islotes llamados *los mogotes*, todos tan pequeños, que en su planicie superior apenas cabrían dos ranchos con su patio. La particularidad de ellos es su altura, pues por mucho que se crez-

ca la ciénaga, se hallan siempre á tres ó cuatro metros fuera de agua, y por tanto, perfectamente secos. Así, muchas veces sucede que en todo el río no existe un pedacito de tierra que no esté cubierto de un metro de agua por los menos, en las partes más elevadas, en tanto que en los *mogotes* el suelo está hecho polvo como en el rigor del verano. Si la gente fuera más industriosa, los habitantes del *Mamón* podrían retirarse allí; pero los animales cuidan más de su salud que la especie humana, y nunca faltan vacas que pasan allí el invierno, teniendo así un pasto abundante del cual no pueden gozar, es verdad, sin tirarse al agua y alcanzarlo á nado, y un punto en donde pueden recogerse para pasar la noche después de hartas. El ganado así invernado se distingue del otro por la particularidad de que la mota de pelo largo que existe generalmente en la extremidad del rabo, como pincel, desaparece completamente, no quedando más que un pelo corto, como el del resto del cuerpo.

Cuando la ciénaga está seca, los *mogotes* son verdaderos collados, algo parecidos á los *tumuli*, que en muchas partes del mundo son la sepultura de algún héroe y que debe suponerse son artificiales; aunque también puede ser que algunas elevaciones, obras de la naturaleza, hayan sido escogidas para servir de sepultura. Encuéntranse alturas de esta clase en varias partes de los llanos horizontales de las *Sabanas*, y aún en otras ciénagas, y se diferencian de las otras ondulaciones del terreno por su perfecta redondez. No pueden llamarse *panes de azúcar*, porque no son cónicos, sino *medias naranjas*. Algunas están compuestas de una tierra diferente de la del suelo adyacente; de modo que son verdaderos problemas geológicos. El vulgo se preocupa menos de su origen que de su contenido, y muchas han sido registradas á una gran profundidad, con la esperanza de encontrar en su seno algún tesoro; lo que no siempre ha sido infructuoso, como se verá más tarde por lo que sucede en la ciénaga de *Ayapel*.

De los *mogotes* á *Caimito* se extiende una ciénaga cubierta de bosque, lo que hace que la vista sea muy limitada; es casi como una selva inundada en tiempo de invierno, es monte claro entre cortado por praderas en verano. En este espacio de terreno se ejecuta de continuo un movimiento de vaivén, tanto en invierno como en verano, de día y de noche: es que toda la vida de *Caimito* y de las *Sabanas* adyacentes gira en la dirección del *Mamón*. En el verano, todas las riquezas del distrito se hallan ambulantes en las ciénagas del río, y éste suministra al sitio el pescado que todos prefieren á la carne. La ciénaga en que los caimiteros engordan sus animales es vasta y está cubierta de una buena clase de yerba. De los vegetales que sirven para pasto, hay muchísimas clases, y la experiencia ha demostrado ya cuáles son los más propios. Los ganaderos del lugar ponderan mucho sus ciénagas; sin embargo, no hay aumento en la producción ni en la exporta-

ción, la cual consiste principalmente en carne salada y seca que se expende en Zaragoza y en Magangué.

Las fortunas no son considerables; apenas llegan á diez los que poseen un cierto número de reses que no pasan de quinientas: uno sólo de ellos tiene una verdadera fortuna, los demás no llegan á cien cabezas; pero ellos engordan cerdos, se ocupan en el comercio y la vida es sumamente barata. La frugalidad es una segunda naturaleza, si por frugalidad se entiende un simple saucito de carne ó de pescado, lo que no indica la palabra frugal en cuanto á etimología; pero en fin puede asegurarse que todos se conforman con la misma comida todo el año. Las torgunas son abundantísimas y suplen á la carne, así como sus huevos á los de las gallinas, que tampoco faltan. Los vegetales que se usan son plátanos, yucas, ñames y el maíz hecho bollo; todo eso lo preparan sin el menor arte; mas ellos viven contentos y satisfechos. *Caimito* sería casi un paraíso si entre sus vecinos no hubiera tres ó cuatro que saben escribir, no muy bien, pero lo suficiente para hacer un infierno de ese paraíso de sencillez. Es cosa triste de confesar, y no en favor de la enseñanza popular, mas es un hecho probado mil y mil veces, que en estas poblaciones oscuras basta la presencia de un hombre que sepa *algo de foro*, como se dice comúnmente, para trastornarlo todo. Es cosa por cierto harto extraña que el efecto más inmediato del saber leer y escribir sea el de infundir la inmoralidad en el espíritu y la perversidad en las acciones. Hay un dicho muy antiguo que dice que *poca ciencia produce la incredulidad, y mucha ciencia, la fe*. Por desgracia este proverbio no dice á qué grado debe llegar la ciencia para producir la hipocresía de una parte y el descaro de otra. Los indios de *Jagua*, sin saber leer ni escribir, saben extraer fraudulentamente los objetos de las piraguas; los tinterillos de *Caimito*, que saben leer y escribir, se valen de esa ventaja para explotar á los ignorantes sabaneros. Es que el hombre tiene que buscar su sustento, y para ello cada cual se sirve de lo que sabe manejar con más destreza: es que en el mundo hay desheredados que, nacidos sin patrimonio y no conformes con poner su contingente en el trabajo común para poder pretender á una parte equitativa del producto, tratan de apropiarse lo que pueden por todos los medios practicables. Decir por qué en *Caimito* abunda más esta clase de parásitos que en otras partes, es algo trabajoso; quizá eso depende de que el lugar no tiene capacidad para sostener más que ganaderos que han nacido con ganado, por lo cual los que no han recibido nada de sus padres, ó que habiendo recibido alguna herencia la han perdido por alguna eventualidad de las muchas que nos tienen siempre amenazados, no tienen más salvación, para no perecer de hambre, que convertirse en criados de algún hacendado ó labrar la tierra con sus propias manos. Pero es cosa muy probada en el país, que tan pronto como un hombre sabe firmar, se cree

ya superior á sus semejantes, y considera como degradante todo trabajo manual; además de que el que sabe escribir bien ó mal, es un personaje que el hacendado necesita emplear cada vez que tiene que decir algo por escrito; y ¿quién, en este mundo, no recibe y tiene que contestar alguna carta? Para todo eso hay que ocurrir al tinterillo que quiere abusar de su posición social. Otra particularidad de este sér es la de que por más que gane, siempre está sin un cuarto; siempre le debe á todo el mundo.

La actual fermentación de descontento de los hombres en el mundo entero estriba en esto: unos están obligados á vivir en medio de privaciones, en tanto que otros pasan su vida en la abundancia. Tal estado ha existido siempre; pero los pueblos no lo sentían, y ya hoy lo sienten. Los pueblos se han ilustrado y el árbol de la enseñanza popular ha sido para la humanidad el árbol de las frutas prohibidas de tan peligrosa digestión. En la población de *Caimito* hay miserables, como en todas partes; miserables que protestan contra la desigualdad de las condiciones sociales y formulan sus protestas con los daños que causan. De estos protestantes contra el orden social existente, el tinterillo es el que más puede, porque sabe manejar la pluma, de la cual hace el mismo uso que el ladrón del lazo para robar ganado. En *Caimito* hay muchos ignorantes acomodados, es decir, que tienen un cierto número de vacas; y como los tinterillos son como los pescadores, que se concentran en mayor número en las partes en donde el pescado abunda en agua turbia, allí los hay en alguna abundancia.

Á pesar de los manejos tenebrosos de los tinterillos, por un lado, y de ciertos gamonales, por otro, la población de *Caimito* pasa una vida tranquila y profundamente silenciosa, tanto de día como de noche. Nadie canta; los niños juegan sin hacer bulla, y ni los animales domésticos se permiten dejar oír la voz característica de su especie. Por otra parte, la actividad, humana no se aplica á ninguna industria ruidosa.

Existe una platería, y este es quizá el establecimiento en que más ruido se oye, cuando hay que emplear el martillo; si existe algún carpintero, lo que quizá es una exageración, no trabaja, á no ser cuando se ofrece construir algún ataúd ó hacer alguna angarilla, para bestia de carga, aunque todo ganadero sabe fabricar este último objeto con su machete, único instrumento que se usa aún en el día. Jamás ha existido fragua allí; cada hacendado sabe curtir el cuero que necesita para la clásica sandalia que todavía es el calzado más en uso; y en cuanto á los costales ó *jolones* que necesita, también los fabrica con el cuero de las vacas que mata para el gasto de la casa. Todos estos quehaceres se ejecutan con pausa.

Solo la víspera del quince de Agosto se nota algún movimiento anormal. Las principales casas se transforman en tiendas;

el puerto se llena de canoas que allí mismo exhiben sus artículos; los sabaneros acuden con mujeres ó hijos; el tambor africano resuena en la plaza, cerca de la iglesia, en que se celebra la última novena; las mesas de ron y juegos de naipes exhiben también sus atractivos á la luz de los fanales de papel, y la noche entera se pasa en estas diversiones que son el *non plus ultra* de los placeres para esta pobre gente. Al mismo tiempo, el Cura recoge su cosecha de bautismos, cuyo rendimiento se aumenta algunas veces con el de algún matrimonio: el sabanero aguarda siempre el tiempo de la fiesta para satisfacer estas exigencias espirituales. Por la mañana le llega el turno al comercio, y empiezan las operaciones; cada sabanero se surte pronto de lo que necesita y ya por la tarde algunos cogen camino para regresar á sus casas.

Todos los años se repiten estos movimientos sin variación alguna; la civilización no adelanta, pero tampoco se atrasa. Las modificaciones que precisamente tiene que efectuar el movimiento universal que nada deja estable, esas modificaciones se verifican allí de un modo tan insensible que nadie puede notarlas. Cuando el cambio principia su evolución, ya hay una nueva generación en giro, y esta no se preocupa por lo que hubo en el tiempo pasado, y menos se inquieta del porvenir. Para esa gente no hay más que la víspera y el día.

Tres días después de la fiesta, nadie se acuerda de ella; y pronto empiezan los émbalses. Hay que recoger el ganado en la Sabana para llevarlo al *Mamón*, y allí hacerle atravesar el río, cosa que él hace voluntariamente porque sabe adonde va. La travesía se hace, pues, con mucha facilidad. Los playones de ciénaga empiezan allí mismo; son ciénagas rodeadas de tierra firme que casi nunca se inundan; sólo los caños ponen en comunicación las masas de agua que llenan esos grandes estanques. Grandes selvas húmedas las separan del *Cauca*; y cuando se introduce allí el ganado, todavía hay agua por todas partes, pero ésta disminuye cada día. Los vaqueros lo dejan allí abandonado en sus pastos respectivos, y el tigre, que nunca falta, causa algunos destrozos. En el mes de Enero la familia entera del ganadero emigra á la ciénaga con sirvientes y todo; la casa de la *Sabana* queda con una sola cuidandera: la ciénaga es el paraíso del sabanero: la *Sabana*, su purgatorio. Apenas instalada la familia, se separan las vacas paridas de sus hijos, y empieza la fabricación de queso; entonces hay suero salado y mantequilla para sazonar el insípido pescado y la tortuga, que, con la yuca y el plátano, constituyen todo alimento.

Como se vé, la gastronomía tiene todavía mucho que adelantar para ponerse á la altura de la época; pero la ignorancia de una vida más refinada y la costumbre impiden que esa gente pueda experimentar privaciones que sólo existen para los que no han nacido en ellas.

Otro tanto puede decirse del alojamiento. A primera vista, causa pena ver á esas señoras blancas, de noble semblante, con sus hijas, graciosas criaturas, sentadas bajo un techo de lo más tosco, sobre un suelo natural, disparejo, polvoroso y rodeadas de densas nubes de moscas atraídas por el olor de la leche y de los quesos. Esa pobre gente no tiene allí comodidad ninguna; y sin embargo la época que pasa en la ciénaga es la que más le place, porque hay abundancia de alimentos y esto compensa lo demás. Este modo de vivir del sahanero se parece mucho al de los pueblos nómadas del desierto; pero éstos han sabido, por lo menos, proporcionarse un asco especial: á los ocho días de permanencia en un lugar, ya les hiede porque se ha ensuciado; entonces levantan sus tiendas, las cargan junto con los trastos en sus camellos y se mudan á otro punto, que, si ha sido habitado en algún tiempo, ya se halla muy purificado por el sol y barrido por el viento del desierto. El sahanero no hace así; y sus dos habitaciones que, alternativamente ocupa, no tienen nada de la pureza virginal de las arenas del desierto. El sahanero, aunque semi-nómada, se concreta á mudarse á dos puntos fijos; de modo que su vida puede también compararse á la del rico de Europa, que tiene su casa de campo y su casa en la ciudad para la estación del frío, en que el campo se halla privado de todos sus atractivos. Cada año, de Enero á Abril, por lo menos, la familia del ganadero se deleita en las habitaciones de la ciénaga, las cuales no pueden hacerse muy lujosas, ni elegantes, ni cómodas siquiera, porque en invierno el agua les llega casi siempre hasta el techo, en tanto que el cieno se deposita por todas partes. Es realmente un milagro que no sean muy malsanas las tales casas; quizá lo son sin que se les considere así. El estado sanitario no es muy halagüeño, que digamos, á menudo se presentan enfermedades y nunca faltan achaques; pero se supone que esto es propio de la condición humana y que hay precisamente que sujetarse á ello, sin poder pensar en mejorar su suerte. Es verdad que en los mismos centros de la civilización hay todavía mucho que perfeccionar con respecto á esto.

La vida del ganadero es casi la misma en todas las ciénagas; es una vida tranquila, como todo lo pastoril. Las generaciones se suceden siempre con el mismo tren de vida; los que van naciendo tienen poco que aprender para ponerse á la altura de sus antecesores cuya tarea han de continuar, para transmitirla del mismo modo á sus descendientes.

Como curiosidad, puede hacerse notar que en las ciénagas de *Caimito*, ó á lo menos en una de ellas, conocida con el nombre de *Cajaca*, existen unas eminencias, islotes en invierno y collados en verano, que por lo general no se anegan.

Allí hubo habitaciones de indígenas y se han encontrado figuras de arcilla roja cocida que, adoradas en otros tiempos, sirvieron después como juguetes de niños y de desaparecieron pronto.

Todavía hoy se encuentran objetos de esos en la misma superficie de la tierra, y es ciertamente muy extraño que cosas tan frágiles hayan podido conservarse tres siglos, sin haber sido pulverizados por el paso de los hombres y de los animales. Esos restos de figura, de los cuales sólo la cabeza llama la atención, tienen todos la nariz y las orejas perforadas, y la arcilla en la parte interna de los agujeros está tan pulida, que se conoce claramente que al principio estaban destinadas á ciertas alhajas. Puede también suponerse que tales ídolos habían sido cargados mucho, tal vez en procesión, pues sólo así puede explicarse el pulimento ó frote del interior de los agujeros. Esas alhajas, seguramente de oro, fueron las primeras en desaparecer, como es natural creer; y es posible que esos lugares fueran oratorios que la invasión española destruyó. Lo más curioso sería saber algo de la historia de esos pueblos desde la creación hasta Cristóbal Colón; pues hay que suponer forzosamente que ellos también tuvieron su historia antigua y una de la edad media; pero los vestigios que ambas han dejado se confunden en absoluto, no presentando la menor diferencia de estilo ó de carácter. Diríase que una rutina perpetua se arraigó allí desde que hubo humanidad, sin modificación alguna.

El río, que se tuerce en todos sentidos abajo del *Mamón*, vuelve á enderezarse inmediatamente arriba de esta población; toma de nuevo su dirección de sur á norte, casi en línea recta, á pérdida de vista. Yá allí no hay bosques por ninguna parte: todo está cultivado; del lado del *Cauca* se extienden pajares artificiales, en la otra margen se ven labranzas de maíz y platanares. Sólo hay dos casitas de este último lado, situadas á una gran distancia una de otra; y sin embargo la voz humana se oye por todas partes. La escena es animada, porque por allí andan muchos hombres que habitan en poblaciones que no se pueden ver. La tierra firme en las *Sabanas* va acercándose á las márgenes, y en la temperatura se observa un notable cambio: es como la segunda variación desde el punto de la confluencia, siendo *Segua* el punto de la primera.

A una pequeña distancia arriba del *Mamón* se hallaba la boca de *San Gregorio* que, como hemos dicho, daba fácil acceso á la ciénaga de *Caimito*, y que desapareció por completo, hace cosa de veinte años. Esto prueba palpablemente la rápida acción de las aguas, aunque la corriente no es muy fuerte y casi insensible en verano. Los hombres de hoy se acuerdan poco de haber visto ese caño; y de ahí se puede deducir que el aspecto del río debía ser muy diferente ahora un siglo; mas nunca se ha hecho un mapa, según parece.

Si la boca de *San Gregorio* se ha tapado, en compensación se abrió más arriba otro caño llamado el de *la Mestre*, denominación extraña, curiosa, cuyo origen estará dentro de pocos años sujeto á

conjeturas. Nada es más fácil que conocer hoy este origen, pues la causal está visible para todos los que transitan por el río, que no pueden ignorarlo: en la misma boca del caño hay unos mangos y á la sombra de estos frondosos árboles vive en tiempo de verano una mujer, yá de cierta edad, llamada Mestre. Así se han inmortalizado muchas individualidades. La vieja Mestre recibió su apellido Dios sabe de qué modo, puesto que en la muy noble América latina cada cual se da el nombre que á bien tiene: el uno toma el de la madre, que es lo más usado; otro toma el de su problemático ó dudoso padre; otro, en fin, el de su padrino ó cualquiera otro que le guste; de modo que el apellido no indica raza, ni estirpe, ni familia. La América latina es democrática y reniega de genealogías. Así es que la dichosa Mestre debe de haber recibido su nombre del mismo modo que lo ha transmitido á un caño recién abierto. El día en que se levante una carta corográfica formal del Estado de Bolívar, el caño figurará con ese nombre y lo transmitirá al público universal como nombre geográfico. Así ha sucedido con muchos nombres de lugares: la capital de Portugal fué llamada *Lisboa*, porque en ese paraje, antes de ser sitio de una ciudad, vivía una mujer, llamada *Elisa*, que vendía licores á los navegantes del Tajo que, en recompensa de su buen trato no le decían sino Lisa buena, *Lisa boa* en portugués.

Idéntico origen tienen muchísimos nombres geográficos. Todo es mezquino y vulgar en sus principios, pero todo se ennoblece con el tiempo. Hombres muy ridículos han tenido la suerte de llegar á héroes por la voz caprichosa de los pueblos, y luego han pasado á la categoría de dioses. La estatua de la *Mestre*, en figura de ninfa ó de náyade puede algún día adornar la plaza principal de una ciudad futura, y no le faltará una tradición *verídica* que explique que ella abrió el caño echando al suelo una de las flores que adornaban su linda cabellera, ó por medio de cualquier otro milagro de igual naturaleza; y el público la recibirá como palabra de evangelio. Y todo eso, debido á una vieja que escamaba pescado precisamente en el punto por donde las aguas pudieron romper el barranco, por causa de alguna circunstancia particular, muy ajena de la tal vieja y de su nombre, á quienes el capricho público adjudicará el honor. *Et voilà comment on écrit l'histoire* decía Voltaire.

Advertiremos que en 1880 ya existía el caño de la *Mestre* ó *Metra*, [el público poco gramático tiene siempre dos maneras de pronunciar las palabras, y los escritores cien modos diferentes de escribirlas]. El mencionado caño, por su tumultuosa corriente, es algo peligroso, y en él ha habido naufragios. Sin embargo, no deja de ser transitado, porque por todas partes, el hombre halla gloria en exponerse al peligro. Ciertas cañoas de *San Marcos*, *Ayapel* y *Uré*, al salir de Magangué para volver al lugar de su procedencia, entran en el río de *San Jorge* antes de su verdadera

embocadura, atraviesan todas las ciénagas del lado de las *Sabanas* y salen al fin al río por el caño de la *Mestre*. De ahí la navegación por el mismo cauce del río es obligatoria en todo tiempo, hasta frente de *San Marcos*, en donde pueden volver á tomarse ciénagas del mismo lado; bien entendido que todo esto no puede efectuarse á no ser que el río esté derramado ó casi al derramarse. Esto debe de provenir de que la tierra firme de las *Sabanas*, más arriba del caño de la *Mestre*, se extiende hasta las mismas márgenes del río, ó más bien de que éste, en sus vueltas caprichosas, se tuerce enteramente, hasta ponerse en contacto con la gran sublevarción de terreno que constituye las *Sabanas*. Esta última hipótesis es más natural puesto que el río, que desde el *Mamón* para arriba corre casi en línea recta, forma de golpe un círculo, aproximándose á la *Sabana* para los que suben y alejándose para los que bajan. Para que la descripción sea más clara, es preciso hacer notar que describimos el río de abajo para arriba; y considerando las cosas en este sentido, es necesario decir que el río, después de tres grandes trechos rectos de casi una legua cada uno, forma de pronto un tremendo remolino que se llama de *Porro* ó *Guayepo*. Durante un buen espacio de terreno, la dirección es de Este á Oeste: y sobre este terreno tan torcido, existen hoy pajares de ambos lados. Un poco más arriba, el río vuelve á su dirección normal, sombreadas sus altas márgenes por un pequeño bosque; de pronto, se interrumpe el bosque, y en el anchuroso hueco se ve extenderse una *Sabana* á pérdida de vista. En este punto existe un prodigio natural, un movimiento de terreno de los más extraordinarios, que cambia completamente las condiciones del río; en efecto, éste, desde *Retiro*, corre por una continuación no interrumpida de ciénagas del lado de las *Sabanas*, y en aquel mismo punto, el *Cauca*, reunido al *San Jorge*, se halla también en contacto inmediato con el terreno de *Sabana*. El playón de *San Marcos* es el segundo punto en que existe la misma conformación, pero de un modo mucho más patente, y puede decirse, más esplendido, porque desde el río mismo se ve la gran *Sabana* enteramente sin árboles, que aparece como un prado de muchas leguas. A una distancia de más de una legua, se distinguen también claramente los techos blancuzcos de la población de *San Marcos*, á orillas de una ciénaga cuya estrecha entrada se halla más arriba.

La disposición de los lugares está allí fuera del orden común, y hay que hacerlo notar, pues los mismos habitantes del lugar no comprenden todo lo que hay de particular en esto, y lo provechoso que esto puede ser más tarde, cuando se trate de establecer vías de comunicación terrestres, desde el centro de las *Sabanas* hasta el río. Hay cosas en el mundo que hay que hacer notar bien y bien, hasta que los hombres se peactren del hecho.

El punto del río desde donde se columbra perfectamente el playón de *San Marcos*, tiene el nombre vulgar de *puerto de chíque*

ros, y es el puerto de verano de la población de *San Marcos*, cuando la ciénaga se seca.

Bien se sabe que por *chiquero* se entiende una chocita en que de noche se encierra á los puercos; y es muy probable que en razón á la proximidad del río, los habitantes del lugar tuvieran la costumbre de edificarlos allí. Hoy el puerto de los chiqueros es, á la vez, uno de los pasos más importantes para los ganados de las *Sabanas*; y aun desde las riberas del *Sinú* conducen por allí ganados en la estación de verano. Puede asegurarse, sin temor de ser desmentido, que es á las ciénagas de las inmediaciones á lo que una parte notable del Estado de Bolívar debe hoy su prosperidad; pues no sólo son los *Sabaneros* los que llevan ahí sus rebaños, sino también los propietarios de *Sahagún*, que es un pueblo de montaña y los del *Sinú*, que dejan sus propias ciénagas para ocupar las de *San Marcos*; y aún hasta del litoral atlántico se conduce ganado á engordar en esas ciénagas, atravesando todo el grupo de las *Sabanas*, en su mayor anchura.

La topografía detallada de un lugar tan privilegiado puede, ser de alguna utilidad. Ante todo, hay que decir que la Sabana de *San Marcos* es casi la última punta del promontorio del lado del sur, por lo cual el río ha tenido que tropezar con ella en su bajada. A unos cien metros del puerto de los *chiqueros* se abre la boca del caño de comunicación de la ciénaga, la cual no puede comunicarse con las de abajo por impedírselo la sabana. Dicha boca, llamada de la *Vereda*, es, al mismo tiempo, la embocadura de un caño que se prolonga muy lejos tierra adentro en la parte más honda de un valle de una legua de ancho, llamado *Monte grande*. Este bajo de monte es la manifestación de la depresión que pone fin al grupo de las *Sabanas*, depresión que sigue hasta la hoya del *Sinú*. En aquella parte, otro bajo, con otro arroyo, desempeña el mismo papel que *Monte grande* del lado del *San Jorge*; de manera que la respectivas cabeceras de ambos arroyos están contiguas, separadas sólo por un ramal de las *Sabanas* que se prolonga hasta allí. El arroyo que une al *Sinú* es el de *Venado*, y forma, con el de *Monte grande* una línea que bien puede considerarse como el borde de las alturas de las *Sabanas*. Más allá se extiende el cuerpo de ciénagas, en donde se halla la inmensa ciénaga de *Betancé*.

De esta disposición resulta que las aguas de las vertientes que corresponde á *Monte grande* derraman en la ciénaga de *San Marcos*, que las trasmite al río por el caño de la *Vereda*. Sin embargo, esta ciénaga está rodeada de otras, porque en frente de la población de *San Marcos* y del otro lado de la ciénaga se extiende una sabana aislada, adyacente al mismo cuerpo de selvas del Sur.

La boca de la *Vereda* no es la única que existe en aquel punto, notable por la configuración del terreno; á unos cien metros

más arriba hay la boca de *Carate*, que es un caño navegable la mayor parte del año, y que puede considerarse como un brazuelo del *San Jorge*, que costea la tierra firme que se extiende detrás de la serie de ciénagas situadas entre *San Marcos* y *Ayapel*. La cuenca de la ciénaga de *San Marcos* que, podría ser circular, tiene en realidad la figura de una media luna, por el bajo de *Monte grande* que desemboca en ella por el poniente. El arroyo que le trae las aguas del interior de las tierras ha calzado sus dos bordes con masas de tierra vegetal que han ido depositándose sucesivamente hasta colmar una parte de la cuenca. Ese valle de *Monte grande* se ha hecho así dos puntas laterales de una fertilidad asombrosa, que la industria humana podría utilizar del modo más ventajoso. En el estado de atraso en que se hallan todas las cosas en ese país, sólo se cultiva una parte insignificante de aquella tierra que constantemente se revivifica, sembrando maíz en el mes de Enero para cosecharlo en Abril ó Mayo, que es el tiempo en que vuelve á anegarse. La mayor parte del terreno queda en completo abandono, y sólo inmensos *cucharales* se aprovechan de un suelo tan feraz. Más arriba, en el valle, hay potreros y pequeñas labranzas, pero todo mal formado y peor asistido. Nadie cree en el país que las fuerzas humanas puedan modificar la superficie del suelo, por lo cual la tierra se deja siempre intacta: el cultivo se limita á cortar los vegetales inútiles que brotan en él, para sustituirlos con otros sembrados á propósito; pero en cuanto á calzadas y fosos de desagüe, nadie ha oído nunca hablar de eso ni lo cree posible.

La ciénaga de *San Marcos* tiene su cuenca muy profunda, pero sus bordes tienen un declive muy suave. Su extensión en la dirección del río, es decir de norte á sur, es de una legua, y cruzando en esta dirección, en ángulo recto, es de dos leguas, hasta el último rincón detrás de la boca de *Monte grande* que acabamos de describir. Ella forma una superficie de agua muy limpia y navegable desde Abril hasta fines de Diciembre; y cuando se seca, el fondo es una pradera cónica cubierta de césped, que se convierte en pasto de los animales, que pacen en la Sabana contigua cuando está lleno de agua ese receptáculo. Una faja de espesos manglares cubre casi todas las orillas, lo que proporciona un sombrío que sería agradable por su frescura sin la *Zampuma* que cubre todas las ramas de ese árbol acuático. El agua de la ciénaga, aunque generalmente muy clara, no se utiliza ni para beber ni para lavar: para estos usos se escavan fosos, en el borde de la Sabana, de menos de 30 centímetros de profundidad, que dan una agua cristalina y muy saludable por su digestibilidad. También hay un arroyo de aguas vivas no muy lejos de la población, que se utiliza en los tiempos de excesiva sequía cuando los pozos de la Sabana no producen agua.

Los tres ó cuatro meses en que la ciénaga queda sin agua

navegable y muchas veces enteramente seca, son los más incómodos. Entonces el puerto de los *chiqueros* y otro más arriba son los puntos de desembarque, y hay que llevar todos los efectos, atravesando una sabana abierta de más de una legua. El camino es bastante parejo, pero fastidia por su longitud. La ciénaga, que en tiempo de lluvias está toda cubierta de aguas estancadas, pasa al extremo opuesto en tiempo de sequía, y su yerba, hecha paja, se incendia con la mayor facilidad, produciendo así líneas luminosas en la noche, que parecen una iluminación de fiesta. El fuego recorre así todos los años toda la superficie del suelo que queda purificada. El verano es la época de los fuegos, y á todas horas ondea el humo por la atmósfera: ciénagas, sabanas y bosques son visitados por el elemento devastador. Son incendios rápidos que corren en la dirección de las brisas y que producen poco calor á su paso, por la falta de suficiente combustible.

V.

TOPOGRAFÍA DE SAN MARCOS.

El inmenso playón de Sabana que ocupa la población de *San Marcos* está descubierto, sin árboles del lado de la ciénaga, y es de una perfecta horizontalidad. Es un espacio aplanado por la naturaleza, rodeado de ciénagas casi por todas partes. Además de la que sirve de puerto á la población hay otras en dirección de *Caimito*. La parte que pone en comunicación el playón de *San Marcos* con el interior de las *Sabanas* no es muy ancha, como que se halla estrechada, por una ciénaga de un lado y del otro por un valle profundo, cubierto de una selva que también se anega, ya por la introducción de las aguas de la ciénaga de *San Marcos*, ya por las avenidas de los arroyos que traen las aguas del interior, tanto de la superficie de las *Sabanas*, como de la parte cubierta de monte, que en este punto da principio á las inmensas selvas que se extienden entre el *San Jorge* y el *Sinú*, del lado de Antioquia.

El lugar es, pues, un conjunto de *Sabanas* llanas, de ciénagas y bosques. Lo único que falta son serranías, las cuales sólo se hallan representadas por pequeños collados y ondulaciones que se hacen notables á mas de una legua de *San Marcos*, hácia las *Sabanas*. Ese terreno sin declive, no permite la salida de las aguas, á no ser por infiltración, y en las épocas de fuertes lluvias, el playón de *San Marcos* se halla, como hemos dicho yá, cubierto de una capa de agua estancada.

La posición geográfica de *San Marcos* no está aún determinada. En la carta de los Estados Unidos de Colombia, publicada ahora años por la sociedad geográfica de París, está marcada por aproximación; en cuanto á la latitud, se sabe que el sol pasa por el cenit de la población, el 11 de Abril y el 30 de Agosto.

Existen indicios ciertos de que el lugar estaba poblado antes de la conquista, pues á orillas de algunas ciénagas y de varios arroyos, se ven hileras de piedras toscas que parecen haber sido puestas para guarnecer aceras de casas, que tal vez estarían en grupos de dos ó tres. También se encuentran alhajas de oro y obras de barro cocido, de poca importancia. Lo que verdaderamente dió origen á la población actual fué una hacienda con muchos esclavos, que en el siglo pasado pertenecía á la familia cartagenera de García Toledo. En los primeros años de la presente centuria, el lugar se hallaba todavía poblado sólo por negros, y el sitio que habitaban llevaba el nombre de *Santa Ana del paraíso*, en donde, según dicen, había una casa sólida y una iglesia. Este paraje, que tiene al lado un arroyo de aguas vivas, es hoy el cementerio conocido con el nombre de *Guayabril*. En una punta de la ciénaga, en la parte opuesta á la hondonada en que desemboca el mencionado arroyo, había unas chozas en que vivían unos indígenas, y el paraje ha conservado el nombre de *Los indios*.

El licho playón de *San Marcos*, entonces desierto, fué designado para las posesiones de los negros libres y otros, por disposición del dueño de la hacienda, que raras veces visitaba su propiedad y no quería contacto entre sus esclavos y los que ya no lo eran. Así se formó el núcleo de la población, y por mucho tiempo quedó reducida á unas casitas esparcidas en la orilla de la ciénaga.

Allí hubo también una hacienda importante con muchos esclavos, cuya última dueña fué una *Meregilda* (Hermenegilda), que los más ancianos de la población citaban, hace aún treinta años, pintándola como una señora muy caritativa y de una vida muy casta; ya hoy nadie la recuerda. También se había conservado el lejano recuerdo de una doña Isabel Madariaga, que vivió algún tiempo en la hacienda principal y emprendió después un viaje muy lejos, del cual no volvió. Hay mil versiones respecto á esta desaparición. La imaginación del negro gira siempre sobre cosas sobrenaturales; y según decían ellos, la extraordinaria multiplicación de las vacas de doña Isabel provenía de un pacto que ella tenía con el diablo. Al fin, para librarse de sus garras, ella resolvió pedir la absolución al Papa, y como no se volvió á saber más de ella, cada uno compuso á su antojo la parte final de la historia de la pobre señora, que, según muchas apariencias, se esbleció en Cartagena.

Todos los rincones de la Sabana de *San Marcos* tienen sus leyendas; en todos se han visto apariciones hasta á medio día; y se cuentan cosas que, en realidad, dan mucho en qué pensar....

La población de *San Marcos* pudo citarse, en el largo curso de muchos años, como el pueblo más feliz del mundo; los dueños de la hacienda y del terreno ya no se dejaban ver, los esclavos gozaban de toda libertad; los víveres se conseguían con la mayor

facilidad y nadie pensaba en vestirse; bailaban todas las noches desnudos, lo que hacía sus movimientos más expresivos; los bailes se hacían á la claridad de la luna, lo que era una economía, y una garantía para el pudor. Tan halagüeño estado de cosas habría podido prolongarse por toda una eternidad sin la intervención intempestiva de los traficantes de los puntos mercantiles. Estos mismos individuos, que se arriesgan hasta entre los indios bravos para salir con provecho de sus artículos, inspiraron pronto fatales ideas de lujo á esos hijos de la naturaleza, y vendían géneros en cambio de vacas, cuando no había dinero.

Por otra parte, les apareció un nuevo dueño del terreno, que se estableció en el lugar como un soberano algo absoluto, y todo cambió. Los negros y las negras tuvieron que vestirse; estableciéronse tiendas de mercaderías en el lugar, y muchas familias, seducidas por la bonanza del clima, se fijaron allí: la población menesterosa quedó siendo la clase menesterosa y los pudientes formaron la aristocracia. Todo ésto se efectuó en un periodo de menos de treinta años.

En 1.850, la fiesta de Santa Bárbara, la patrona del lugar, que se celebra el 4 de Diciembre, no era propiamente otra cosa que una carrera de toros, diversión favorita de los vaqueros. Los vecinos que ejercían el comercio se surtían con anticipación y vendían algo más que en los días ordinarios. Hoy ¡qué diferencia! Todos los cuartos se alquilan con tres meses de anticipación por comerciantes de Magangué, Mompox y otros lugares, que vienen con grandes surtidos; el puerto se llena de embarcaciones hasta de Barranquilla, y, en razón de la inmensa concurrencia, ha sido necesario suprimir la función de toros que embrazaba la circulación.

Como por todas partes, hay más vendedores que compradores, y la competencia es desastrosa; pero el movimiento se produce y la fama del lugar se va propagando. La facultad productiva del lugar va en aumento, lo que se nota en las exportaciones de los productos. En este respecto, *San Marcos* no es más que el puerto de depósito y de tránsito, por lo cual siempre tiene su parte de utilidad en todo lo que se hace en las inmediaciones. Por desgracia, allí también hay hombres que prefieren ocuparse en promover la circulación de lo hecho, en vez de procurar aumentar el número de artículos que pueden hacerse. El comercio tiene siempre más atractivos que la industria; es más fácil y menos penoso hacerse cargo de un poco de mercancías y proponerlas en venta interponiéndose entre el productor y el consumidor; es la explotación cómoda que jamás inspira odiosidad contra el que se dedica á ella. Y, sin embargo, hay algo del infame seductor ó corruptor en los manejos del mercader que excita la venta, ya brindando artículos que no son de necesidad, ya apoderándose de los que lo son para aumentarles el valor. Toda la actividad

humana no tiene más objeto que la circulación del dinero, es decir, hacer pasar el numerario de un bolsillo á otro; de modo que el capital es el símbolo más bien de la astucia que del trabajo.

En nuestros días la casta de los trabajadores ha llegado á una evolución de ideas que les hacen creer que ellos han sido, inconscientemente, los que han forjado los grandes fortunas compactadas ó en vía de formación, y protestan con las huelgas contra lo que creen un abuso. Sabemos lo que diariamente pasa á este respecto, y podemos formar juicio; más ó menos contradictorios sobre los resultados futuros. En países tan apartados del gran movimiento, como lo está *San Marcos*, semejantes preocupaciones no han podido penetrar en los espíritus; sin embargo, el pueblo ignorante tiene sus instintos que lo guían como á otros las ideas en circulación. En estos confusos concursos de fiestas pueden observarse muchas cosas instructivas. El lento porvenir se está elaborando en todas las agitaciones que precipitan á la humanidad en su senda providencial; se ven acciones que demuestran que el hombre es por todas partes y ha sido en todo tiempo el mismo, y otras que prueban las modificaciones que produce la influencia de las localidades, del tiempo y de las tradiciones. Así en esas concurrencias, se notará la tendencia á la trampa bajo todas las formas posibles, sin salir de las banalidades de este ramo de industria.

La vigilancia de la autoridad es nula; cada uno está reducido á la defensa personal, y sin embargo se cometen pocos hechos punibles; es que todos se conocen. Las habilidades de cada individuo se conocen por sus antecedentes; la notoriedad pública alumbrá todo el escenario; el engañado sabe de antemano que lo van á engañar, y muchas veces se deja engañar por distraerse; y como hay tantos modos de explotar!... El vaquero, antes de mantee el toro, dirige su brindis á algun rico, ó á la Dulceína de éste y algunas veces á su esposa, pues sabe que la vanidad siempre es generosa. Una fiesta es un juego de azar en que cada uno piensa ganar y ninguno perder. En las fiestas de las *Sabanas* se nota, respecto de las mujeres, que las más ricas, esposas é hijas de los hacendados, no pierden la ocasión de hacer alguna ganancia insignificante, vendiendo por las calles algunos dulces y aguardientes. La compañera del pobre raras veces se toma tanto trabajo; ella concurre para gastar y divertirse, y pasa noches de baile quemando un sin número de velas de esperma, cuando en su casa se alumbrá con una triste lámpara de manteca de caimán.... La avaricia del sabanero es proverbial, si no general; consume poco y trabaja constantemente; emplea todo su tiempo en ocupaciones poco productivas: pasa años adversos, expuestas sus crías á epizootias, y sus plantíos á las malas cosechas, pero él vive libre é independiente en su pequeño dominio, aunque muchas ve-

ces su independencia es una pura ilusión. Pero él cree que lo es y la fé salva.

El mismo público que se ve el 15 de Agosto en *Caimito* se exhibe el 4 de Diciembre en *San Marcos* el 3 de Mayo en el *Mamón* y en muchas otras fiestas, pues cada retiro y cada hacienda tiene la suya. A todas acuden los comerciantes con sus artículos; las mercancías extranjeras abundan en todas, y los productos del país, al contrario, son muy escasos. Así, por todas partes, se nota la declinación fatal que expulsa los capitales fuera del país.

El amor al suelo natal es el rasgo característico del sabanero y del ribereño. Esta pobre gente no se halla fuera de su des poblado: y si las circunstancias obligan á alguno de ellos á hacer un viaje lejano, no tiene quietud ni placer hasta que vuelve á sus hogares.

El sabanero es de tez clara y cuenta numerosos antecesores que han pasado su vida en el mismo suelo que él recorre. Sólo la población de *San Marcos* presenta una mezcla de hombres y mujeres de todas partes; sin embargo, el elemento africano predomina.

El territorio ha sido mucho tiempo una dependencia del distrito de *Caimito*, cuyo Alcalde nombraba un Regidor que residía en *San Marcos*. Más tarde con motivo de su creciente importancia hubo Juez y Regidor: la población tenía ya el título de Aldea. En 1865 se erigió en distrito que abrazaba todo el terreno comprendido desde el *Mamón* hasta los límites del distrito de *Ayapel*, sobre el río, y del lado de las *Sabanas*, confinaba con el de *Sahagún*.

Esta súbita exaltación no fué benéfica para la población, porque una turba de comerciantes ambulantes de todo el Estado se fijó en el lugar, desempeñando todos los destinos públicos. Decretáronse impuestos para atender á los gastos y pronto hubo una asonada; impúsose el ostracismo á los intrusos, y los vecinos cultos de las *Sabanas*, comprendiendo sus intereses, se decidieron á ausentarse de sus haciendas para desempeñar los destinos públicos en la cabecera. El distrito, así constituido, habría podido marchar de un modo satisfactorio, pero la cabecera y la mayor parte del distrito están situados en un terreno de propiedad particular. El dueño, que se había establecido en *San Marcos*, vendió, sucesivamente á muchos, parte de su derecho de propiedad; tratóse de pedir la expropiación de una área para tierras comunales del distrito, y entonces los propietarios del terreno lo hicieron suprimir. Esto fué en 1867: *San Marcos* volvió á su sér primitivo. Hubo, pues, Regidor y Colector especial de hacienda. En 1873 volvió á la categoría de distrito, y fué de nuevo suprimido en 1873. Por dos veces tuvo, pues, dos años de existencia. Al fin, en 1877, volvió á ser distrito, y ya ahora cuenta con tres años de existencia, á despecho del más perezoso antagonismo, movido

por los intereses que pusieron fin á su vida distritorial por dos veces. A principios del mismo año en que *San Marcos* volvió á ser distrito por tercera vez, hubo un horrible incendio. Estos son los trances por que ha pasado esta aislada población.

En varias ocasiones se han estacionado en ella tropas del Gobierno que la han convertido en campamento. Hoy en 1880, el distrito todavía tiene linderos que no señala ninguna línea de demarcación visible: son líneas rectas imaginarias de un punto determinado á otro. Del mismo modo se deslindan muchas propiedades particulares, lo que da lugar á una infinidad de pleitos. Del lado del río, las fronteras del distrito comienzan arriba del *Mamón*, pero se extienden sobre la otra ribera, del lado del *Cauca*, comprendiendo la ciénaga de *Rabón*, poco conocida. Así, sólo podremos ocuparnos de la parte de su territorio que penetra en las *Sabanas*. De arriba del *Mamón*, se supone una línea recta que termina en el medio del arroyo central del bajo de *Bijagual*; allí la línea de demarcación se hace palpable rematando en un arroyo que divide el valle en dos serpenteando por sus partes por ondas. Remontando el arroyo unas dos leguas, se penetra en una selva, y en un punto denominado *Las Saltas*, la línea divisoria sale del cauce y vuelve á ser imaginaria, cruza un caño llamado *Arroyo grande*, cerca de una población, el *Cubano*, y vá derecho á otra que se llama *Castañal*. Allí hay una trocha que pone en comunicación á este retiro con el del *Tablón*, y que se ha tomado como línea divisoria. En ese punto, ya el distrito está en contacto con el de *Sahagún*: puede decirse que su superficie es más ancha del lado de las *Sabanas*, pues desde ahí hay unas seis leguas hasta la cabecera. En el *Tablón* hay otra trocha, en dirección Sur, que pasa por *las bocas* y conduce á *la quebrada*, de modo que va aproximándose á las ciénagas situadas al Sur de *San Marcos*. Hay dos retiros que tienen el nombre de *quebrada*, pero la frontera pasa por el en que vive un tal Aniceto López. Otra trocha conduce á *caño prieto* y sirve de línea divisoria, y de ahí á *las Flores* hay un camino real ancho, que sirve de linderos. La aldea de *las Flores* es un puerto de ciénaga importante como puerto de exportación. De *las Flores* hay que imaginar otra línea recta que termina en la boca de *Sejeve*, pues por una ley del año pasado este último punto también pertenece á *San Marcos*.

El mismo cauce del río debía servir de línea divisoria, pero ¿qué hacer entonces de las viviendas de la ribera opuesta? Agregarlas á *Majagual* sería ridículo, pues allí existe un mundo desconocido é intransitable.

En el globo de tierra que hemos circunscrito existen once poblaciones que pasan de diez casas y no pasan de veinticinco; de menor número hay veintitres.

Los nombres de las primeras son: *Catalina*, con 25 casas; las *Flores*, con 20; *Sabaneta*, con 16; los *Conguitos*, con 11; los *Ta-*

Blones, con 14; *Sarmiento*, con 12; *Bocanegra*, *Garrapata*, y *Caño prieto*, con 10 cada una; *Culebra*, con 13; en todo el cañón del río, de un extremo á otro, 12; sin contar la parte recientemente agregada. Las poblaciones menores son: *Sin Felipe*, con 7 casas; *Remolino*, con 3; *Platero*, con 7; el *Jobo*, con 1; *Cayo delgado*, con 3; *No vuelvas más*, con 2; *Garisá*, con 6; *Santo Domingo*, con 2; *Tontón*, con 2; *Cadrasco*, con 5; *Cagaruta*, con 4; *Candelaria*, con 8; *Chengue*, con 5; *Llano de Isidro*, con 7; *Limoncito*, con 8; *Caracolí*, con 3; *Quebrada*, con 2; *Ciénaga grande*, con 4; *Plátano crudo*, con 4; *Concepción*, con 7; *las Islas*, con 5; *Carate* con 7; del *Mamón á los chigueros*, 2.

Además de esos grupos de casas, hay una infinidad de retiros abandonados, ruinas de poblaciones, de las cuales lo único que se vé son unos árboles frutales. Y todo lo desaparecido, como lo existente, tiene su historia! Muchas de esas mansiones, cuyo nombre jamás había sido escrito, han sido teatros de episodios de mucho más aprecio que muchas novelas insípidas, pues han sido hechos verdaderos que han pasado, y que pueden servir para el estudio del hombre, tal como existe, y nó como muchos autores lo pintan.

Sumando, pues, el número de casas de la cabecera, después del último incendio, las de sus arrabales *Marusa* y *Sucre nuevo*, con las de las agregaciones, tenemos el total de 348.

Los últimos censos de población han arrojado siempre unos dos mil doscientos habitantes de ambos sexos. La superficie del distrito puede computarse en 48 leguas cuadradas; y puede calcularse que hay más de seis habitantes por casa. Y, coincidencia digna de apuntarse, los dos sexos se encuentran, por todas partes, casi equilibrados.

El estado sanitario, en circunstancias normales, es satisfactorio; sólo existen muchas úlceras. Á esta predisposición mórbida puede contribuir la alimentación, en la cual tiene la preferencia el pescado, que, como se sabe, suministra al organismo más partes acuosas que sólidas.

Respecto á producción, en tiempos ordinarios todas las agregaciones producen algo más de lo que consumen; en los retiros de las *Sabanas* se crían y se engordan cerdos, y los ribereños se dedican á la pesquería que produce mucho en verano. La mayor parte del ganado vacuno es propiedad del dueño del terreno y de otros ricos que no viven en el distrito. Los productos agrícolas provienen principalmente de las poblaciones montañosas.

Los hombres que viven cerca del agua, son, alternativamente, pescadores, bogas, vaqueros y agricultores. Muchos fabrican piraguas y todos hacen casas pajizas, con la materia prima que abunda por todas partes. Las mujeres de la *Sabana* tejen esteras y sombreros de trenzas de caña de flecha; y ellas mismas cogen los materiales donde la naturaleza los dá.

Las plantas que se cultivan son: en primer lugar el *matz*, que alimenta á hombres y animales; la *yuca*, que además produce almidón, que es un artículo de exportación; poco *arroz*, aunque de primera clase, tanto por el tamaño del grano, como por su blancura y buen sabor; *ñame*, que se exporta. Á ésto se reduce todo: ni *café*, ni *cacao*, ni *tabaco*, ni *mani*, ni *frísoles*. La ipecacuana amarilla es muy común en las orillas de las *Sabanas*, pero no se arranca.

Hay capacidad para una población décupla de la que hoy existe, aun sin emplear otros medios de acción que los que están en uso; pero hay que advertir que la condición del agricultor se hace cada vez más penosa, por el aumento de los potreros que se llenan de ganado vacuno, en el centro de los bosques, el cual tala las labranzas en el estado de plena soltura en que se encuentra. Por otra parte, las tierras baldías están apropiándose, nó con el objeto de cultivarlas, sino para especular. Así, el trabajador que ve una tierra inculta que le parece propia para ser labrada, se engaña mucho si cree que no tiene otra cosa que hacer sino proceder al desmonte, pues pronto se le presentará un propietario que se lo impida ó le imponga condiciones intolerables. Una inmigración de extranjeros que quisiera establecerse en el país, tendría que internarse á distancias enormes en el fondo de las selvas vírgenes, y ni aun así podría ponerse al abrigo de la especulación.

El distrito de *San Marcos* está establecido sobre tres ó cuatro propiedades particulares, y no posee una pulgada de terreno comunal. En idéntica situación se hallan muchas otras poblaciones más importantes: y mucho se ha dicho sobre el particular, sin que el estado de las cosas se haya modificado.

Existe un movimiento de expansión que tiende á invadir la inmensa selva del Sur, y este mismo movimiento se nota en el *Sinú*. Lo despoblado se va haciendo habitado por la necesidad de extenderse. La causa de esta progresión son los potreros, pues son los mismos criaderos de las *Sabanas* que van estableciéndose cada vez más adelante en el bosque, para perjudicarse menos entre sí.

Yá hay varias poblaciones grandes, verdaderos pueblos que se han formado sin que se haya sabido cómo; pero esos nuevos pobladores poco comunican con los extraños. Ellos tienen su vida propia; nadie sabe de dónde reciben la sal, que es el único artículo de primera necesidad que no pueden producir. Poco usan el aguardiente, aunque tienen cañas, y pocos vestidos gastan porque casi siempre andan en cueros.

La localidad ha tenido sus personajes notables, reyes de hecho, monarcas usurpadores ó hereditarios. Esos reinados, que deberían haber servido siquiera para dar nombre á las éras sucesivas que ha atravesado el lugar, no han dejado rastro alguno. Los muertos se olvidan pronto y su época se sepulta.

mientos prácticos, más provechosos en esos casos que nuestras teorías.

Ocupándonos ahora de los pobladores de aquellas localidades tan diversas, diremos que los que se han establecido en el borde mismo del río, tienen sus chozas y pequeños plantíos exclusivamente en la parte oriental, es decir, contigua al *Cauca*. La parte opuesta es baja, y poco se diferencia de la misma ciénaga de atrás. Es verdad que en ambos lados hay ciénagas; pero las que se encuentran del lado del *Cauca* están á mayor distancia y expuestas solamente á inundaciones excepcionales. Por allí hay un camino de tierra que parte del puerto de *los chiqueros* y sigue hasta *Ayapel*; así es que por aquella vía se puede ir de *San Marcos* á *Ayapel*, atravesando el río *San Jorge* y siguiendo las trochas abiertas para la conducción de los ganados á sus pastos de verano, formados por numerosos playones de ciénaga, entre los dos ríos. Los dueños ocupan estos hatos desde Diciembre hasta Junio y después los abandonan. Los habitantes de las orillas del río son generalmente más sedentarios y permanecen fieles á sus penates, aun cuando las aguas bañen el interior de sus chozas, porque su sustento lo sacan del río, el pescado, que es alimento fácil de conseguir y preferido; pero como una alimentación exclusivamente animal es imposible, y las inundaciones los privan del plátano y la yuca de su cosecha, tienen que atravesar en sus piraguas las ciénagas, para surtirse de los vegetales que necesitan, en las poblaciones establecidas en la cuesta de tierra firme del lado de *San Marcos*. Estas últimas disfrutan de una existencia menos azarosa, lo que se puede comprender con la sola inspección de las habitaciones.

Como hemos dicho, el caño de *Carate* es el desagüadero de la vertiente de las tierras altas y montañosas al sur de las *Sabanas*; pero desempeña otro papel en la hidrografía del río, que, por medio del brazuelo de *Morocoy*, al sur de *Ayapel*, lo alimenta con sus aguas. Esta disposición la aprovechan las embarcaciones que en tiempo de grandes crecientes suben de *San Marcos* á *Uré* que es, como pronto se verá, el último punto de este lado, habitado por la raza criolla y sometida al Gobierno del Estado.

Esta vía es muy poco conocida y de tránsito muy arriesgado, por las frecuentes obstrucciones de las yerbas flotantes que embarazan la navegación hasta la parte inferior. Sin embargo, es por ese canal, obra de la naturaleza, por donde se anuncian las avenidas del río; lo que prueba evidentemente que las aguas que corren por él ejecutan su paso con más rapidez que las que siguen por el cauce principal. La boca de *Carate* está á unos cien metros arriba de la ciénaga de *San Marcos*, y se confunde con ella en tiempo de lluvia; de tal modo que forma con ella una superficie de agua, interrumpida sólo por grandes árboles y manglares que dejan entre sí vacíos suficientes para dar paso á embarcaciones

grandes. El borde del río es algo más alto, por lo cual se han construido allí unas casitas, que, en verano, constituyen el mercado de pescado de *San Marcos*. Las cocineras tienen que caminar cerca de una legua de Sabana para proveerse de ese artículo.

Ese mercado presenta, durante el verano, una animación que sorprende cuando se considera la escasa población de la comarca: es que allí se reúnen partidas de hombres de los principales puntos de las *Sabanas* y hasta del *Sinú*, como de *Ciénaga de oro* y *Chimá*, porque el bagre del *San Jorge* es más abundante y preferido que el que suministra aquel río. Este habitante de las aguas tiene dos denominaciones distintas: *bagre blanco* y *bagre pintado*: este último es el de más aprecio. Los hay de más de un metro de largo y más de veinte libras de peso. Seco, después de salado, es una especie de bacalao, que hace las delicias de los habitantes de las *Sabanas*, principalmente en tiempo de cuaresma. Vense miles de acémilas en el camino de la *Vereda*, nombre de este mercado; y además llegan embarcaciones de Barranquilla, Magangué, Mompox y Zaragoza. Allí se operan cambios y curiosas transacciones bajo la sombra de los árboles, pues los techos pajizos no pueden contener un gentío tan inmenso. Por fortuna, en aquella estación no hay lluvias.

Á un corto trecho, aguas arriba, se presenta la boca de *Carate*, entre dos riberas cubiertas de alto gramalote, que sirve de pasto á las bestias de carga que de continuo se remudan.

El caño tiene casi el ancho del río, é igualmente describe numerosas circunvoluciones. Para los que lo suben, el punto de vista no ofrece nada pintoresco: yerbas altas de un lado, manglares y selvas del otro, tal es el aspecto durante muchas horas. Apenas si de tiempo en tiempo se ve algún corral de ganado, con su ranchito donde se coagula la leche para el queso. Todo es tierra anegadiza hasta el lugar llamado *Paso de Carate* por donde pasa el camino real de Cartagena á *Ayapel*, única vía terrestre conocida hace muchos siglos, que también podría llamarse camino real de Cartagena á Antioquia. Bien entendido que sólo es transitable en tiempo de sequía, pues en las demás estaciones, el transeunte que trata de hacer su viaje por tierra, tiene que embarsarse en *San Marcos*, para trasportarse á *Ayapel*, de donde puede seguir su ruta á caballo.

El *Paso de Carate* es, pues, un punto importante; pero el triste estado de sus edificios da la prueba de que este camino es poco frecuentado; solamente hay unas ocho chozas muy mal construídas. Á corta distancia, detrás, hay un tendido de Sabana alta, que es la posesión del Marqués de Santa Gca. Este nombre aristocrático es lo que hay de más conocido en esos lugares oscuros, y figura en muchos documentos,—títulos viejos de propiedad,—objeto hoy de interminables pleitos: la concesión que Su Majestad el Rey de España hizo al Marqués de Santa Goa debía

producir ese efecto tan tardío. Santa Goa es hoy una Sabana circular muy solitaria, triste: símbolo de la decadencia de la nobleza hereditaria heráldica. Al lado, y rodeada de espesos manglares, existe la ciénaga de *Tacasambo*, que ha conservado su nombre indio. Su cuenca es un plato perfecto; en Enero su inmensa superficie presenta una capa de agua exactamente de la misma profundidad por todas partes. Estas aguas no tienen más salida, para vaciarse en el caño de *Carate*, que un cañito que los pescadores tapan, para coger á mano los peces que quedan allí encerrados; es un vivero natural que se transforma de ese modo en una mira de oro. Una colonia ambulante de pescadores se establece allí, y durante un mes ó dos, cada hombre puede ganar de ocho á diez pesos diarios, en los años favorables. Esta gran facilidad de ganar dinero es una de las causas primordiales de la miseria del país: nadie piensa en trabajar y menos en economizar; el dinero que se gana á montones, á montones se gasta.

Pero volvamos al *Paso de Carate*, que en su calidad de camino real de un Estado á otro, merecería tener un puente que no tiene. Hay épocas en que el caño apenas tiene veinte centímetros de agua, y sin embargo, no se puede pasar á caballo, porque la capa de fango, de continuo amasado por los piés de miles de animales que diariamente atraviesan por allí, es una masa de infinita profundidad; hay que desensillar y pasar en una canoíta que está siempre en mal estado. El pasero que se encarga de esta operación exige su tributo á cada transeunte; los hacendados que constantemente tienen que atravesar para ir á sus posesiones respectivas de sabana y ciénaga, le pagan en queso; los demás, en especie. El no es exigente, un real le basta y es una renta suficiente.

La piragua que sube el caño tiene que seguir un contorno inmenso, llamado la *Vuelta de Cabildo*, para llegar á un caserío denominado *las Islas*, y un poco más lejos á la *Concepción*. Estos grupos de chozas han perdido mucho con la creación de la Aldea de *las Flores*, población floreciente hoy, que se fundó hace treinta años, en la época en que los sabaneros empezaban á formar potreros para engordar sus ganados y aumentar la reproducción de ellos, para lo cual no se usaban antes sino pastos naturales. Los animales que se engordaban con las robustas yerbas de las ciénagas volvían á enflaquecerse tan luego como pasaban á las ásperas sabanas por causa de la inundación de las ciénagas. Así, de Enero á Agosto, no se encontraba una res gorda en toda aquella parte de las *Sabanas*. Esa alternativa tenía otro inconveniente y era que las vacas estaban dos y tres años sin volver á parir. Los primeros ensayos de pastos artificiales para la estación de las lluvias fueron tan provechosos, que todos los criaderos se apresuraron á adoptar la reforma. Entonces se desmontaron las selvas vírgenes de las ciénagas; y como después de descujado el te-

reno, al sembrar la paja se puede sembrar también yuca y maíz, así se hizo y hubo abundante cosecha de estos frutos, que pudieron ser exportados con facilidad por las vías acuáticas. Los naturales de esos lugares, poco adictos á la agricultura y acostumbrados á la pesquería, no eran suficientes para esos desmontes en grande; y como los del interior de las *Sabanas* eran más propios para el objeto, muchos de ellos que se contrataron resolvieron mudar de domicilio, y experimentaron también la ventaja de conseguir el pescado sin mayor trabajo, pudiendo así economizar sus animales domésticos. El punto de *las Flores* en frente de *Concepción*, se cubrió así de casas construídas al uso de las *Sabanas*. La prosperidad de aquella población naciente se aumentó, como sucede siempre, por el menoscabo de otras. Presentóse una escasez extraordinaria de frutos en todo el Magdalena, y entonces se veían en el puerto de *las Flores*, animado siempre, más de veinte embarcaciones que cargaban víveres para trasportarlos á los lugares enhambrecidos. Las circunstancias no son hoy tan favorables, pero nunca faltan piraguas y botes que entran por el caño de *Carate* para ir á *las Flores*. Por desgracia, en este punto hay el mismo inconveniente que en *San Marcos*: su acceso se imposibilita tan luego como las aguas bajan ó hay taponés de yerbas en el caño. Entonces solo se puede transitar por las vías terrestres, que se extienden en todas direcciones, porque en el inmenso llano de la ciénaga se hallan hatos de ganado. Para comunicar con estos, del lado de la tierra firme, la selva está atravesada por buenos caminos, que el buen sentido de los habitantes conserva siempre en buen estado, mucho más que las medidas de policía que pudiera dictar la autoridad.

Estos caminos de tierra, antes de salir á la Sabana, pasan por muchas poblaciones establecidas en el interior de la selva, para las cuales *las Flores* es el puerto de exportación é importación.

En la parte superior de *las Flores*, la misma cuesta se extiende formando profundas rinconadas en donde existen pequeños retiros. Muchas de esas ciénagas parciales, que comunican con la grande por medio de caños, son también en verano teatro de grandes pesquerías y recorridas por los cazadores de tortugas de agua dulce, anfibio que se encuentra también en número prodigioso, y que antes de hallarse la ciénaga enteramente seca, se acumulan en los charcos de las partes más bajas, en donde los cazadores las cogen con la mano sacándolas del fango. La operación es algo peligrosa porque á veces se pone la mano en la boca de algún caimán enterrado en aquel mismo fango; además de que la tortuga es poco tolerante y muerde con furia el dedo que se pone á su alcance.

Esta cacería es más cómoda cuando un prolongado verano transforma el gramalote de los playones de paja seca; pues entonces basta producir un incendio momentáneo para que las tortugas,

saliendo de pronto de sus escondites, corran en todas direcciones, permitiendo así que se escojan las más grandes. La destrucción de este animal se opera en grande, y sin embargo su número no parece disminuir sensiblemente, lo que prueba su fácil reproducción.

Si los reptiles son numerosos, los volátiles no lo son menos, y al menor ruido que oyen vuelan inmensas bandadas de aves de muchas especies que anublan el sol. El reino animal hormiguea por el suelo y por el aire; y los árboles inclinan sus ramas bajo el peso de tantos seres que se apoyan en ellos. En tiempo de invierno, el espectáculo es el mismo: sólo los cuadrúpedos domésticos desaparecen; los animales acuáticos se hacen invisibles, nadando á su gusto en el elemento líquido que les ofrece un vasto campo; sobre las islas flotantes navegan las aves al soplo de la brisa, y de las casas de los corrales, no se ven fuera del agua más que los techos, en los cuales hay también habitantes alados.

Séres de colores y formas diferentes, que se hacen una guerra incesante, deseosos todos de conservar la vida arrebatándose la á los demás; y por sobre todos, los genios invisibles del aire que acarrean nubes de tantas formas diferentes; que soplan tempestades ó suaves brisas y á veces dejan una atmósfera límpida, por donde filtra luz de oro de las estrellas, reflejada por el espejo vibrante de las aguas, que parece tener un eco en las mil chispas fosforescentes, cuyos brillantes reflejos resaltan en las masas sombrías de las plantas: tal es el espectáculo variado de aquellas soledades que tienen para distraer la vista y encantar el oído el cambio incesante de sus armonías!

Los que han nacido en esos despoblados en donde el hombre goza de completa libertad, saben muy bien apreciar sus encantos; y si el curso de los acontecimientos los arrastra, á veces, lejos del lugar natal, todos sus esfuerzos tienden única y constantemente á volver á él: todas las maravillas del mundo artificial no logran hacerles olvidar los buenos tiempos de que han disfrutado allí. Esta parte de la tierra se ha conservado en su estado primordial; las mismas generaciones se han sucedido, desde la existencia de la especie humana, sin que ninguna se haya dignado dejar una huella de su paso. Grandes imperios han nacido, durado y desaparecido en otras regiones del globo; pero aquí el hombre se ha reproducido permaneciendo el mismo. A la raza indígena ha venido á unirse la europea y la de sus esclavos, pero las costumbres no han variado: es que la naturaleza inconsciente y poderosa enerva la actividad del hombre cuando éste quiere entrar en lucha con el gigante. La civilización queda siempre vencida, y el hombre tiene que conformarse con el estado natural, sin poder modificarlo: la fertilidad de la tierra queda reducida á su espontaneidad. Es verdad que desde el descubrimiento del nuevo mundo, nuevas razas de animales han venido á devorar esos pastos naturales; pero el modo de ser de la raza humana no ha cambiado: su

bienestar y su malestar relativos son los mismos, lo que en definitiva es una ventaja, porque todos viven satisfechos y no experimentan privaciones. Los que viven en el centro de la civilización no gozan de la misma inmunidad.

No hemos recorrido el caño de *Carate* en toda su longitud. Se han hecho varias tentativas para poblar otros puntos que dan arriba de las *Flores* y que ofrecen iguales ventajas; pero la soledad completa, un aislamiento absoluto disgusta á esos solitarios, que siempre apetecen algo de sociedad. Así, hay un lugar llamado *Aguas blancas* que ha tenido habitantes varias veces que siempre ha sido abandonado: diríase que el mundo civilizado quiere poner allí su *non plus ultra*. Pero este es un puro ensueño; pues la parte superior del caño de *Carate* tiene una coloración curiosa, á la cual se refieren las reflexiones anteriores, aunque un modo indirecto.

Lo descrito hasta ahora por nosotros, habría podido serlo por muchos, pues diariamente y en todo tiempo han pasado y pasado miles de viajeros.

Lo mismo que en los Estados Unidos se encuentra la región habitada por los *Mormones*, que forma una mancha en su mapa, en el Estado de Bolívar hay un lugarcito llamado *Cintura*, que en el lenguaje oficial de sus gobernantes no quiere admitir en su vocabulario. Las autoridades de *Ayapel* no ignoran que *Cintura* está bajo su jurisdicción, pero nadie lo pone por escrito. ¿Qué es, pues, *Cintura*? Es una colonia de criminales que han concurrido de todas partes. No hay un vecino de *Cintura* que no haya cometido algún delito grave; muchos de ellos son asesinos. Algunos saben que podrían volver al teatro de su crimen, sino son perseguidos por la justicia de los hombres; y sin embargo, nada sale de allí, todos se quedan aislados en ese paraje privilegiado. Si las cosas quedaran en eso, no habría para que hablar de ello; pero no es así, pues en vez de arrepentirse de sus hechos pasados, los vecinos de *Cintura* cometen nuevos crímenes cada vez que una ocasión se les presenta. Puede decirse que viven en guerra abierta con la humanidad, como viven los *Motilones* con los habitantes del Valledupar. Y cosa más increíble aún! hay hombres que exponen hasta traficar con ellos! hasta allá va la avidez del mercaderante! Muchos de estos traficantes imprudentes han sido saqueados y maltratados; y, apesar de esto, hay quien se arriesga todavía. Es verdad que muchos de los que han ido han jurado no volver, y no han vuelto.

Como esos criminales son trabajadores, recogen muchos frutos y necesitan muchos artículos, sobre todo aguardiente, el traficante espera vender á buenos precios.

En el día hay todavía algunos puntos en el mundo en donde se usa lo que se llama el *comercio mudo*, que consiste en que el vendedor expone sus artículos en un paraje tradicional y se

ra; entonces el comprador se acerca, escoge lo que le conviene y, por tradición también, pone su equivalente en lugar de la cosa comprada. Difícil sería hoy descubrir de qué manera ha podido establecerse ese uso, que supone un convenio previo; y a ser verdad lo que se cuenta de *Cintura*, tal uso sería muy del caso.

Lo que puede excusar la tolerancia del Gobierno respecto de ese foco de inmoralidad es el aislamiento que los habitantes de *Cintura* se han impuesto por su propia voluntad. Ellos viven y se gobiernan entre sí y no se permiten ninguna excursión fuera de su territorio. El envío de tropas los pondría en fuga; el lugar quedaría desierto y los criminales en salvo en las inmensas selvas vecinas.

La población de *Cintura* se va aumentando. Muchos, sin tener motivo para esconderse, han querido establecerse allí en busca de ese bienestar ó mejora de suerte que pone en movimiento á tantos mortales; pero pronto han tenido que retirarse, porque el derecho de ciudadanía sólo se adquiere en *Cintura* con la comisión de algún delito; en lo cual no hay nada de nuevo. En la culta Europa, en el mismo París, había un arrabal de la misma naturaleza, que Víctor Hugo describe con colores muy prácticos en su novela *Nuestra Señora de París*. Walter Scott dice lo mismo respecto de Inglaterra. Los perversos tienen sus afinidades y tratan, por instinto, de apartarse de los buenos. Sería de desear que tantos hombres que son un estorbo para una buena marcha social tuvieran siempre un imán que los apartara, porque así habría mucho menos de esos parásitos que afligen y desalientan al trabajador, que tiene que mantenerlos sin compensación alguna.

Es difícil suministrar datos precisos sobre la configuración del terreno que atraviesa el caño de *Carate*, pues el mismo caño tiene sus afluentes. Muchas corrientes de las selvas que cubren todo el terreno comprendido entre el *Sinú* y el *San Jorge* desaguan en él. A aquellas alturas, la altiplanicie de las Sabanas ha cesado; son tierras parejas y húmedas, y, por consiguiente, fértiles. Muy fácil sería la apertura de un canal que pusiera en comunicación los dos ríos. En el estado actual existen muchas trochas que facilitan el viaje á *Ciénaga de Oro* y á *Sahagún*. La selva ha conservado vestigios que prueban que en tiempos remotos existía allí una numerosa población de indígenas.

Más arriba existe la *ciénaga del Arcial*, descubierta ahora muchos años por un tal Landero que vino de las orillas del *Sinú*, huyendo de las vejaciones de los dueños de terrenos de aquella comarca.

En su marcha se abrió un camino por aquellos montes desconocidos, y al cabo de más de un mes de peregrinación, salió con su gente al *Arcial*, en donde fundó un establecimiento, sustrayendo así sus ganados de la rapacidad de los propietarios de te-

reno. Al demostrarse las selvas vírgenes de la costa del *Arcial*, se encontraron muchas obras curiosas de tierra cocida, que, en materia de arte, son muestras que no abogan en favor de los adelantados de los primeros pobladores, pues las obras son muy toscas. Sin duda los que allí habitaban eran súbditos del cacique *Yapé*, de quien la historia habla confusamente.

Más arriba tiene su nacimiento el caño *Carate*, que muy bien puede considerarse como un brazo del río *San Jorge*. En la parte opuesta, es decir, del lado del *Cauca* existen también canales naturales paralelos al cauce principal. Pero es tiempo de que volvamos á ese lado, descrito sólo hasta el torno de *San Matías* y la boca de las *Chanas*, paso cómodo en las épocas de mayor altura de las aguas, y propio para la apertura de un camino de *San Marcos* y las *Flores* á *Ayapel*. Más arriba del Torno, el río vuelve á su dirección normal de Sur-norte. En la margen del lado del *Cauca* existen dos estancias de caña de azúcar y otras viviendas, pero en la ribera opuesta el terreno es bajo, y por lo tanto, solamente se han establecido habitaciones de verano para fabricación del queso.

En el terreno que media entre la ribera del río y la del *Cauca*, la vegetación presenta mucha diferencia con la que se observa en las selvas de tierra firme, del lado de las *Flores*. Así, el caucho, la zarzaparrilla, la *copaiba* abundan en esa parte, en tanto que no se encuentran en los montes de en frente. El cacao silvestre existe también exclusivamente del lado del *Cauca*, así como la *pita*. Es que las avenidas de los dos ríos abonan en ciertos años nefastos aquel terreno é indemnizan de ese modo los daños que causan.

Subiendo por el cauce del río se llega pronto á un punto llamado *Negro*, probablemente por el color de sus habitantes: es una colonia de agricultores de *San Marcos*. Sus habitaciones no deberían estar en las márgenes del río, pues la tierra que cultivan se encuentra como á dos leguas adentro; es la montada de *Mosquito*; de poca extensión, pero que tiene la ventaja de no inundarse sino en años excepcionales como el pasado de 1879. Dícese que en 1819 sucedió lo mismo, de lo cual se puede suponer que la fertilidad de *Mosquito* se sostiene durante sesenta años, con los depósitos de esas inundaciones extraordinarias. Los habitantes de *Negro*, al edificar sus casas tan lejos de sus plantaciones, siguen la costumbre general del país y de muchos países. Esto tiene otros motivos más lógicos: todos son pescadores á la par que agricultores. Por otra parte, el río es para ellos una calle real; el paso de los esquifes los divierte, y éstos son casi todos almacenes ambulantes en que se pueden escoger los artículos que convienen.

A un cuarto de legua arriba de *Negro* se encuentra el paso del *Algarrobo*, continuación del camino real que atraviesa por el paso de *Carate*. La distancia entre los dos pasos es como de dos

leguas de las cuales, una está enteramente descubierta en el playón de la ciénaga hasta llegar á la orilla del río, al punto denominado *Moreno*, junto á un corral. De allí, el camino sigue aguas arriba, bajo una selva tupida de poco ancho. Del otro lado del paso se atraviesan unos cincuenta metros de un bosque de trementinos, é incontinenti se abre un playón circular de cerca de una legua de diámetro. Su aspecto, en verano, es el de una Sabana bien nivelada; en el fondo se ven unas casas, que no son otra cosa que los corrales de *Zampa*; y á poca distancia más atrás, disimulados por un bosque, unos platanares con viviendas, en donde habitan estables dos ó tres familias, mientras quedan desiertos en invierno los corrales, cuyos dueños tienen sus establecimientos en las *Sabanas*, en el camino de *San Marcos á Chinó*, á cuatro leguas del primer lugar y á unas doce del segundo.

En un país en donde las cosas son tan efímeras, puede notarse como una particularidad la antigüedad de esas posesiones y de las familias que las ocupan. Con mucha apariencia de verdad histórica puede creerse que desde la introducción de la raza española en aquellas comarcas, la familia Tejada arregló su manera de vivir del mismo modo que lo podemos observar hoy en sus descendientes. Los naturales de *Zampa*, es decir, de los platanares, son, al contrario, indígenas pertenecientes al núcleo de la población de *Ayapel*, cuyo origen se pierde en las épocas anteriores al descubrimiento del nuevo mundo.

La familia patriarcal de Tejada ha conservado casi intacta la pureza de su raza, lo que constituye otra particularidad no muy común en el país, y menos en clases de poca cultura, como á la en que por suerte han tenido que pertenecer los miembros de la familia Tejada, en sus posesiones tan distantes de todo centro de ilustración.

Después del playón de *Zampa* hay que atravesar otro bosque de trementinos para llegar á otro playón abierto sobre las márgenes del río. Remontando en una piragua se recorre la misma distancia que por tierra. En este último playón hay más corrales que en *Zampa*, y sus dueños pertenecen á la misma familia. Ese punto se llama el *Chispal*, y allí sufre el río su primera modificación hidrográfica. Hasta ahora, y desde su embocadura, su ancho ha sido constantemente de 69 á 70 metros, medidos de la parte superior de un barranco á otro, y en las épocas de mayor baja su profundidad pasa de cinco metros, teniendo el barranco igual altura fuera del agua. Ya en el paso del Algarrobo, en ciertos veranos muy largos, se han visto atravesar caballos sin perder pié más que en un pequeño trecho; pero en el *Chispal*, se han visto hombres atravesar todo el río, con agua hasta las rodillas. Es justo observar que esto no puede hacerse sino en un tiempo muy corto, en el mes de Abril que es el de mayor sequía, pues ya en el mes de Mayo se presenta siempre lo que la gente del país llama

las primeras puntas, pequeñas avenidas, que por mínimas que sean, siempre producen una subida de cerca de dos metros en el nivel de las aguas.

Sin embargo, esta diferencia en la profundidad del cauce es significativa, porque denota un movimiento ú ondulación del suelo. El *Chispal* se halla á una pequeña distancia de la boca de *Sejeve*, que es el caño que da salida á las aguas de la ciénaga de *Ayapel*, mucho más extensa que la de *San Marcos*, y cuyas funciones no se reducen á esto, pues la boca de *Sejeve* deja muchas veces pasar aguas del *Cauca*, además de una disposición muy digna de notarse de la cual trataremos más adelante.

El caño de *Sejeve* no sólo conduce aguas, sino innumerables islas flotantes que se desprenden del tapiz matizado de la ciénaga, y siguen en procesión no interrumpida durante muchos meses de peregrinación inconsciente, hasta el mar de las Antillas. Cada una de esas plantas viajeras carga, pegada á sus raíces, un poco de tierra que va soltando: de ese modo puede explicarse la causa de esa semi obstrucción del cauce á la altura del *Chispal*. En este punto, los bordes se hallan habitados y el río parece ser la calle principal de una población. La voz humana vibra por todas partes.

Al salir del *Chispal*, se llega á los *Boquerones* y de allí á la boca de *Sejeve*, que se abre del lado del *Cauca*. Todo se ve cultivado en las márgenes, ó bien ocupado por corrales. Enfrente del *Chispal* hay un potrero, el único visible desde el *Torno de San Matías*.

La boca de *Sejeve* presenta la apariencia de dos ríos que se unen; y hay una notable diferencia en el color de las aguas: las que salen del caño son negras y con una fila de yerbas flotantes, las que bajan por el cauce principal son limpias y cristalinas. Las dos esquinas que forma la boca del caño son muy diferentes; la de abajo está cubierta de casas y la opuesta es una ciénaga baja cubierta de altas yerbas.

El caño de *Sejeve* no es solamente la vía acuática que conduce á *Ayapel*, pues sus ramificaciones recorren en todas direcciones, la parte montañosa del lado del *Cauca*. Esta selva, tan favorablemente dispuesta para la extracción de sus producciones, es el patrimonio de los agricultores de *Ayapel*. Muchos de ellos han conservado su raza primitiva de indígenas, como la familia *Tejada*, la de los invasores; pero en el día muchos negros viven con ellos en perfecta igualdad de derechos. La diferencia de razas es lo que menos preocupa á los habitantes del país; y en los enlaces nadie ha pensado nunca en hacer observación alguna sobre el particular. El estado de fortuna tampoco se consulta en ese caso, y bien puede decirse que todos son más que pobres, pues á consecuencia de la manía de comprar al crédito todo lo que pueden conseguir, cada uno debe siempre más de lo que puede pa-

gar: la cuestión fundamental es vivir, y vivir alegremente si se puede. De esta inclinación al placer resulta que los agricultores de *Ayapel* dejan sus plantaciones abandonadas la mayor parte del año; lo que no es extraño, porque las tienen á una distancia tan grande de *Ayapel* en donde residen con sus familias, que emplean casi la mitad del día en la ida y la otra mitad en el regreso, y vienen siempre á dormir á su casa, con el objeto de tomar parte en la diversión cotidiana del baile ó el juego de naipes, antes de entregarse al sueño.

Hay que penetrar muy lejos en el caño de *Sejeve*, para llegar á la boca de la *Junta*, que es la arteria principal de todos los canales que se distribuyen en la selva y que muchas veces permiten llegar á la boca de *San Antonio* sin entrar en el río. Por desgracia, del lado de *Ayapel* no sucede lo que en las *Flores*, en donde los mismos vecinos, sin la intervención de la autoridad, cuidan de las vías de comunicación. Para llegar á las labranzas de la *Junta* hay que pasar por debajo de ramas llenas de espinas é inclinadas hasta el agua. ¡Y hay gente que pasa por allí dos veces al día sin experimentar la necesidad de librarse de esa molestia! Es que el egoísmo obra allí con toda su fuerza; nadie quiere tomarse un trabajo que puede aprovechar á los demás. Ese camino tan incómodo se halla recorrido por muchas piraguas que van de las inmediaciones de Magangué para proveerse de plátanos, cuando abajo escasea este artículo de primera necesidad. El lugar produce un cacao excelente, y desde hace algunos años se ha aclimatado, con muy buen éxito el árbol del pan (*Carpobalsanum*).

Hace unos treinta años, la montaña de la *Junta* produjo mucho caucho, hasta el punto de que en *Ayapel* se estableció una compañía de norte americanos con el objeto de extraerlo; pero el modo como se extrajo esta sustancia acabó pronto completamente con el vegetal que la produce.

Hoy, además de los frutos cultivados, se extrae mucha pita, y aunque su elaboración se hace por un sistema muy atrasado, esa industria produce mucho, á pesar de que la cosa parece muy penosa, pues cuando un individuo se resuelve á eso es porque ha agotado todos los demás medios de conseguir dinero.

La distancia entre la boca de *Sejeve* y *Ayapel* es tan grande, que siempre se emplea más de medio día para franquearla. En las épocas de grandes crecientes se puede atravesar en línea recta y no se penetra por la misma boca del caño sino un poco más arriba, lo que exige un conocimiento perfecto de la localidad. La ciénaga es un laberinto en donde muy á menudo se pierden los mismos del lugar.

El número de ganaderos en *Ayapel* es tan grande que sus corrales de ciénagas se hallan distribuidos en varios grupos que tienen la apariencia de grandes poblaciones: es que en verano emigran todos á las ciénagas y dejan la población casi abandonada. Los